

TAN LEJOS TAN CERCA...



MÓNICA BENÍTEZ

TAN LEJOS TAN CERCA...



MÓNICA BENÍTEZ

TAN LEJOS, TAN CERCA...

Copyright © 2017 Mónica Benítez

Todos los derechos reservados.

Índice

1. Resurgiendo
2. Ella
3. Pellas

4. Insomnio
5. Empanada mental
6. La otra
7. De bajón
8. Respuestas
9. Guerra perdida
10. Perra en celo
11. Temblores
12. El autógrafo
13. Espaguetis con verduras
14. Bragas mojadas
15. Trabajo y más trabajo
16. Reconciliación
17. Pillada al canto
18. Ansiedad
19. Polvazo
20. Palote

1

Resurgiendo

Ya había pasado un año desde que Alexa había abandonado su ciudad natal, Barcelona, para trasladarse a Madrid en busca de un nuevo comienzo después de acabar con una relación que la había consumido hasta la saciedad. Gracias a su trabajo como diseñadora de páginas web, la movilidad no era un problema, lo único que necesitaba para trabajar era su portátil y una buena conexión a Internet, por lo que la decisión no fue muy difícil de tomar.

Aunque no era amante de las grandes ciudades, se había acostumbrado tanto a la variedad de cosas que se podían hacer en Barcelona, que decidió probar en la capital, Madrid, la ciudad que lo acabaría cambiando todo para ella. El cambio no le resultó incomodo ni extraño, ni siquiera un poco, alquiló un apartamento en las afueras para que le resultara más fácil aparcar y evitar el barullo del centro. Había decidido que quería estar sola, completamente sola, el solo hecho de pensar en tener pareja hacía que se le pusieran los pelos de punta. Durante los primeros meses en su nueva ciudad, mataba las horas muertas descubriendo todos los rincones de la capital hasta bien entrada la noche, momento en el que se relajaba leyendo un buen libro hasta quedarse dormida.

Pero ahora que ya se había desconectado de su vida anterior y se había adaptado completamente a la nueva decidió que tal vez era un buen momento para retomar sus estudios y acabar la carrera de Criminología que abandonó en mitad del primer semestre de segundo, tras conocer a la que ahora era su ex. A pesar de haber sido siempre muy buena estudiante perdió todo el interés cuando llegó al instituto, momento en el que le pareció infinitamente más interesante hacer campana. Abandonó los estudios tras terminar la Educación Secundaria Obligatoria, trabajo en un par de empresas como operaria y en algún bar sirviendo copas hasta que aprendió de forma autodidáctica a diseñar páginas web. Le gustaba, se le daba bien y lo mejor de todo, tenía un trabajo que no la mantenía anclada a ningún sitio, no tenía horarios ni jefes y además estaba muy bien remunerado.

Tenía claro que iba a vivir de eso mientras pudiera, pero siempre le había llamado mucho la atención la carrera de Criminología y como se lo podía permitir, a los veintiséis años decidió que se la sacaría por puro hobby. Se presentó a los exámenes de acceso a la universidad para mayores de veinticinco años y su nota fue tan buena que no tuvo ningún problema en conseguir una plaza en la universidad que escogió como primera opción, la Universidad Autónoma de Barcelona. Y ahora, el hecho de venir de la universidad más prestigiosa de Cataluña y las buenas notas de su primer año de curso, tampoco le supusieron un problema para obtener plaza en la Universidad Complutense de Madrid.

<<Me faltan tres años, puedo tener la carrera acabada a los treintaicinco, no está mal>> pensó.

2

Ella

Por fin había llegado el primer día de clase, Alexa se levantó muy temprano, tal y como acostumbraba a hacer siempre, era de dormir pocas horas y le gustaba aprovechar los días. Aunque era una persona que iba muy a lo suyo y le importaba muy poco, *más bien nada*, la opinión de los demás, no pudo evitar sentirse nerviosa y hacerse mil preguntas mientras recogía su melena de un tono rojizo oscuro en una coleta con un toque muy informal, tenía el pelo escalado y siempre le colgaban pequeños mechones ondulados por la cara. Sus preguntas eran más o menos las mismas que se había hecho la vez anterior, como cuantos alumnos habría de su edad, cuantos profesores aburridos hasta la saciedad tendría que soportar, cuál sería su asignatura favorita y cual la que más odiaría. Se sintió infantil y estúpida por pensar en aquello y sonrió frente al espejo mientras sus ojos de color miel y su piel morena por naturaleza se reflejaban devolviéndole una imagen que le gustaba.

Llegó a la facultad de derecho con tiempo suficiente como para dar una vuelta por el edificio, momento que aprovechó para localizar las aulas de sus asignaturas, los baños y la ubicación de las máquinas de café, eso último era lo más importante. Llegó de las primeras al aula de su primera asignatura del día, Derecho Penal II, sin duda esa era una de las que más odiaba, la encontraba muy aburrida, durante su primer año se preguntó una y otra vez porque estudiaba aquella carrera cuando en realidad la mitad de las asignaturas la hacían morir de asco, pero la respuesta era siempre la misma: la otra mitad. De la misma forma que asignaturas como derecho o psicología se le hacían eternas, había otras que la fascinaban.

Se sentó en primera fila, no porque fuera una empollona sino porque le gustaba escuchar y observar a sus profesores mientras hablaban, y además estando ahí se veía obligada a esforzarse más para no evadirse a su mundo y acabar recibiendo una reprimenda del profesor. Lo de evadirse no se lo provocaba el aburrimiento sino su impresionante capacidad de distracción, cualquier cosa podía hacer aparición en su mente en cualquier momento, desde

la más importante hasta la más absurda y no podía hacer nada para evitarlo, cuando se quería dar cuenta su mente iba por libre, aunque tenía que reconocer que había momentos en los que lo agradecía.

Quizá por la novedad y por el nerviosismo del primer día, la primera hora de clase se le pasó rápida, aunque supo en cuanto vio al profesor, un hombre mayor al que no podía quedarle mucho para la jubilación, que no iba a facilitarle la tarea de soportar mínimamente aquella clase, hablaba despacio y su voz era como la de un narrador de cuentos infantiles.

<<En lugar de profesor tendría que haber sido una receta contra el insomnio, se habría forrado>>

La segunda clase borró el amargo sabor de la primera, Encuestas y Estadísticas de la Criminalidad, cualquier clase que incluyera estadística era buena para ella, le encantaba analizar datos. Aprovechó los 15 minutos de descanso que había entre una clase y otra para tomar una lecha manchada, todo y que era adicta al café no le gustaba su sabor, así que siempre pedía leche manchada, aunque eso significara que en lugar de dos o tres al día tuviera que tomarse cinco o seis. Aunque llegó con tiempo a la siguiente clase, Criminalidad organizada, ya estaba prácticamente llena, por suerte aún quedaba un sitio en primera fila, justo en la esquina derecha al lado de la puerta de entrada. Le resultó muy extraño, los que a partir de aquel día iban a ser sus compañeros durante todo el curso parecían eufóricos, expectantes, como si estuviesen desesperados porque aquella asignatura empezase de una vez. Echó la vista un momento hacia atrás y se dio cuenta de que la clase estaba llena a rebosar, ya no quedaba ni un solo asiento libre, dedujo que quizá podía ser una asignatura compartida con otro grado y por eso se había llenado tanto.

Fue mientras miraba hacia atrás cuando toda la clase estalló en aplausos, Alexa no comprendía nada...

<<¿Me he equivocado y me he metido en un concierto?>>

De inmediato se giró y dirigió la vista a la puerta para ver a quien aplaudían sus compañeros y entonces la vio. Vestía un traje con chaqueta perfectamente entallado de color negro y una camisa roja con los tres primeros botones desabrochados insinuando un precioso y sexy escote. De su larga melena castaña caía una gran parte por delante de su pecho izquierdo acabando justo por encima

de este, el resto caía por su espalda. Tenía los ojos marrones a juego con su pelo, su mirada era penetrante y decidida como toda su expresión corporal. Parecía la mujer más segura del mundo cuando pasó por delante de Alexa y la invadió con su exquisito perfume. La mujer se ruborizó ante tanto aplauso e hizo un gesto con la mano indicando agradecida que pararan, de una forma extremadamente humilde.

Dedicó una mirada a toda la clase, desde arriba hacia abajo y de izquierda a derecha, como si estuviera memorizando todos los rostros de sus nuevos alumnos hasta acabar en Alexa, quien sintió como el corazón le latía en la garganta cuando tuvo la sensación casi imperceptible de que a ella le había dedicado unas décimas de segundo más que a sus compañeros.

Y no se equivocaba, Alexa despertó la curiosidad de aquella mujer cuando descubrió en su cara que no solo era muy atractiva, sino que además parecía la única alumna de toda la clase que no tenía ni la más remota idea de quien era ella. Cualquiera otro profesor en su situación probablemente se hubiera sentido ofendido e incluso la hubiera sentenciado a esforzarse más que nadie para aprobarle la asignatura, pero lejos de eso, le pareció divertido y curioso. Hubo una lluvia de preguntas y saludos por parte de los alumnos hacia la profesora, el murmullo era tal que era imposible entender una sola palabra entre las miles que pronunciaban.

—Vale ya chicos—dijo alzando las dos manos para indicarles que pararan.

De pronto enmudecieron como si acabasen de meterles un calcetín en la boca a cada uno.

—Buenos días a todos—dijo con una voz tan dulce como provocadora—muchas gracias por el recibimiento de verdad, pero me gustaría pedirlos que os calmarais ¿de acuerdo? Recordad que estáis aquí para aprender—se metió las manos en los bolsillos del pantalón, echó los hombros hacia atrás y sacó pecho mientras hablaba con la cabeza ligeramente elevada para poder dirigirse a todos los alumnos.

Alexa se quedó completamente embobada mirando, no tenía ni puta idea de quien era aquella mujer pero supo que desde aquel momento le iba a ser imposible olvidarse de ella.

—Así que si os parece empezamos la clase—dijo dándose media vuelta para

colocar su maletín encima de la mesa y sacar sus cosas.

—¿Quién es?—preguntó Alexa en voz baja a la chica que estaba sentada a su lado.

La muchacha se giró estupefacta ante su pregunta.

—¿Lo dices en serio? ¿No sabes quién es?—preguntó risueña.

<<¿Debería?>> se preguntó a sí misma.

—No, no lo sé.

—Es Minerva Valera.

Justo en ese momento Alexa intentó ubicar ese nombre en su mente, le sonaba, sabía que lo había visto en alguna parte, y no una vez sino varias, pero se le daba tan mal recordar nombres como recordar caras, aunque tenía claro que de esa mujer solo había visto el nombre porque de aquella cara no se hubiera olvidado en la vida.

—Es la autora del libro “Cómo perfilar a un delincuente”—le susurró—¿No lo has leído?

—¡Joder, eso! Ya decía yo que había visto ese nombre en alguna parte.

Había visto su nombre porque ella misma tenía ese libro en su casa, era un tratado extenso y perfectamente documentado sobre la elaboración de perfiles criminales. Un manual tan preciso y acertado que se había convertido en un libro indispensable y de obligada lectura para cualquier estudiante de Criminología. Alexa lo había leído tantas veces que prácticamente se lo sabía de memoria. Aquel tratado le había valido a Minerva para convertirse en una de las profesoras de universidad más conocidas del país, desde su publicación casi un año atrás, no había dejado de dar conferencias en universidades, comisarías y academias de policía, centros penitenciarios y cualquier lugar que tuviera que ver con aquel mundo.

—Por cierto me llamo Leire—le dijo su compañera aun divertida por la pregunta.

—Lexa—contestó abochornada por la situación.

—Un placer Lexa, creo que eres la única alumna de toda la universidad que no sabe quién es. Pero tranquila, no se lo diré a nadie—bromeó.

—Gracias—contestó con una sonrisa burlona mientras se recostaba en su asiento.

Alexa tuvo la sensación de que se llevaría bien con Leire, parecía de su edad, tal vez un poco más grande y no tenía pinta de ser la típica compañera plasta con conversaciones de esas que aburrían a los muertos.

—¿Solo la tenemos en esta asignatura?—preguntó Alexa.

—Este semestre sí, en el siguiente la tenemos en dos: Victimología y Psicopatología Criminal.

Ahora Alexa ya tenía claro a que tres asignaturas no debería faltar bajo ningún concepto.

—Muy bien chicos, silencio por favor—dijo la profesora.

Por fin todos se callaron y Minerva pudo empezar a dar su clase con normalidad. Pero Alexa tardó menos de un minuto en perderse en su mundo, aunque esta vez ese mundo tenía un nombre: Minerva. Era incapaz de retener o entender una sola palabra de lo que estaba diciendo, la voz de Minerva sonaba de fondo como una dulce melodía para sus oídos, tan solo podía mirarla y observar cómo se movía de un lado hacia otro por delante de la enorme pantalla del proyector, como se colocaba el pelo detrás de la oreja de una forma que le parecía irresistiblemente sensual o como se movían sus carnosos labios cuando hablaba. No podía evitar sentir que el corazón se le aceleraba cada vez que Minerva miraba hacia el lugar donde ella se encontraba. Pero por encima de todo había una cosa que la tenía embobada y era lo increíblemente expresiva que era corporalmente, era de aquellas personas que a la vez que hablaba movía las manos y los brazos dando forma a sus palabras.

Alexa seguía recostada en su asiento, ligeramente girada hacia el lugar donde se encontraba su profesora. Había colocado su brazo izquierdo por encima del respaldo de la silla con las manos entrelazadas y la mirada completamente perdida, tanto que ni siquiera se dio cuenta de que Minerva esa vez caminaba en

su dirección.

El ruido que provocaron sus uñas al repicar sobre la mesa de Alexa fue lo que la devolvió al mundo real. Dio un suspiro mezclado con un gemido cuando Minerva pasó por delante de ella y sin dejar de hablar hizo aquel gesto en su mesa para invitarla a que la escuchara, ni siquiera se paró, en el momento en que vio que Alexa salía de su ensimismamiento, continuó caminando de nuevo hacia el centro del aula, pero no sin provocar que a su alumna se le subiera el corazón a la garganta. Alexa no podía respirar, el corazón le latía tan fuerte que le dolía, sintió como el pulso se le aceleraba y un calor infernal recorría todo su cuerpo. Se pasó los siguientes diez minutos preguntándose si le iba a dar un infarto.

Minerva aun no sabía porque, pero sentía la necesidad de dedicar una atención especial a aquella chica que se había sentado en la esquina de la primera fila, con aquella postura chulesca y aquellos preciosos ojos que lo miraban todo y no veían nada. Por suerte era una maestra del disimulo y estaba perfectamente capacitada para observarla desde la distancia sin que nadie lo notara, ni siquiera la propia Alexa. La clase terminó y todos los alumnos sin excepción se dirigieron a su profesora como una manada de hienas en busca de su presa. La mayoría llevaba el libro que Minerva había escrito para que se lo firmara y otros querían una fotografía con ella, incluida Leire. Alexa fue la única que cruzó la puerta en cuanto terminó la clase, aunque no le apetecía nada separarse de aquella impresionante mujer, necesitaba aire y lo necesitaba con urgencia.

Pellas

Salió a la calle y se alejó un poco del edificio para dejar de escuchar el murmullo de los alumnos e intentar relajarse. Se sentó en la acera de una calle y espero a que su cuerpo colocara de nuevo su corazón en su sitio. Para cuando volvió a recobrar la compostura se dio cuenta de que su siguiente clase había empezado hacia diez minutos, ella odiaba a la gente que llegaba tarde así que le pareció más correcto saltarse aquella clase que llegar tarde a ella. Era un buen momento para otro café, no era lo que más le convenía en su estado pero sí lo único que le apetecía. Entró en la cafetería y se alegró infinitamente de haberse saltado la clase, salvo dos alumnos que había sentados en la mesa del fondo, estaba vacía y silenciosa. Justo lo que necesitaba. Pidió una lecha manchada y se sentó la barra, cogió el periódico que había justo a su lado y empezó a pasar las páginas, no sentía ningún tipo de interés por las noticias del mundo pero aquello le serviría para distraerse.

A los pocos minutos notó como alguien se colocaba en su lado izquierdo.

<<¿Es que no hay más barra?>> pensó sin desviar la mirada.

Pero justo entonces le llegó aquel olor a perfume que tanto le había gustado y de inmediato supo quién era la persona que acababa de colocarse a su lado.

—¿Te aburre mi clase?—preguntó Minerva.

Alexa se giró de inmediato y la vio mirándola con el codo apoyado en la barra y una sonrisa acompañada de una mirada acusadora. Se había quitado la chaqueta y llevaba las mangas de la camisa ligeramente remangadas. Todo aquel esfuerzo que Alexa había hecho para recuperarse de su clase se vio mermado ante su presencia, de nuevo su corazón empezó a latir con virulencia y sintió que todo su cuerpo temblaba y perdía fuerza, tanto que por un momento pensó que iba a desmayarse. No podía permitir que Minerva se diera cuenta del efecto que provocaba en ella, así que hizo uso de toda la voluntad que consiguió arrancarle

a su cuerpo y la miró directamente a los ojos.

—Lo siento, a veces me distraigo con facilidad, pero su clase no me aburre para nada se lo aseguro—dijo con media sonrisa y un leve gesto con la cabeza.

Minerva sintió como se le aceleraba el pulso cuando Alexa se dirigió a ella, aunque la había estado observando en la clase todavía no la había escuchado hablar. Su voz era dulce y limpia, directa. Estaba allí de pie, con un café en la mano y el periódico del revés en la otra. Le pareció la chica más sexy y tierna del mundo.

—¿Es una nueva modalidad de lectura?—preguntó con ironía.

Alexa hizo un gesto de interrogante ante su pregunta, sin entender a qué se refería, entonces Minerva miró en dirección al periódico con una preciosa y divertida sonrisa dibujada en los labios.

—¡Mierda!—jadeó Alexa sonriendo. Cogió el periódico, lo cerró y lo echó a un lado.

—Esa boca...—la reprimió su profesora.

—¿Quiere tomar algo?—preguntó el camarero.

—Un café solo por favor—contestó Minerva sin desviar la mirada de Alexa—¿No deberías estar en clase?

—¿Y usted?—contestó Alexa sin pensar.

—Yo he terminado por hoy, y si vuelves a tratarme de usted te suspendo la asignatura—apuntó—No me has contestado, ¿Por qué te has saltado la clase?

—Necesitaba tomar el aire—contestó aun impresionada porque le permitiese tutearla.

—Eso no es excusa para saltarse una clase...

—No es una excusa, es un hecho—contestó encogiéndose de hombros.

La curiosidad de Minerva por aquella chica crecía sin control dentro de ella.

No era como las demás, no buscaba excusas ni se andaba con rodeos, era directa como una bala. Apreció en ella que era de pensamiento muy rápido, no le costaba encontrar una salida cuando se encontraba acorralada, sin duda un signo de inteligencia que la hacía más atractiva si cabía. El pelo le brillaba intensamente con el reflejo del sol y aquellos mechones que colgaban por los lados de su cara se movían ligeramente acariciando su rostro cada vez que la puerta se abría y dejaba entrar la brisa. A Minerva le hubiese encantado coger uno de esos mechones y colocárselo por detrás de la oreja, se imaginó haciéndolo por un momento mientras acariciaba su lóbulo en el mismo gesto y no puedo evitar sentir un hormigueo recorriéndole el estómago.

—¿Te puedo hacer una pregunta?—habló intentado sacar esa imagen de su mente.

—Pruebe, perdón, prueba.

—¿Cuándo he entrado en clase, tú no tenías ni idea de quién era yo verdad?

—¿Y qué te hace pensar que ahora sí?

Minerva se mordió los labios mientras sonreía.

—Te he visto preguntárselo a tú compañera.

—¿Me has visto?—preguntó Alexa desconcertada.

—Sí.

—Pero no me has oído.

—He seguido el movimiento de tus labios y no me ha costado descifrar la pregunta.

—¿Mirabas mis labios?—contestó sonriendo.

Minerva disfrutaba inmensamente manteniendo esa batalla verbal con Alexa.

—¿Cómo te llamas?—preguntó Minerva intentando cambiar de tema.

—No me has contestado—espetó Alexa, que aunque se mostraba firme y

decidida, en el fondo estaba hecha un flan. Ese era el efecto que Minerva provocaba en ella.

—Ni tú a la mía.

—Yo he preguntado primero.

—Sí, te miraba los labios—soltó Minerva sin pestañear.

—Lexa.

—¿Qué?

—Alexa, me llamo Alexa, aunque prefiero que me llamen Lexa.

Se hizo un silencio en el que Minerva pensaba en que aquella chica tenía un nombre que hacía justicia a su belleza y Lexa no podía dejar de preguntarse porque le miraba los labios.

—¿Te ha molestado?—preguntó Lexa.

—¿El qué?—preguntó Minerva desorientada.

—Que no supiese quien eras.

Minerva soltó una pequeña carcajada.

—Para nada, me ha encantado—dijo sinceramente—Tienes diez minutos antes de que empiece tú siguiente clase ¿también te la vas a saltar?

—Sí te quedas conmigo sí—insinuó intentando que pareciera una broma, aunque la realidad era que hablaba completamente en serio.

Minerva sonrió complacida.

—Lo siento pero no, no seré yo la causante de tus malas notas. Vete anda—dijo haciendo un gesto con la cabeza que señalaba la puerta.

—¿Esperas a alguien?

Lexa no podía creerse que se le hubiese escapado aquella pregunta, se quedó

pálida durante un instante pero por suerte para ella Minerva ignoró la pregunta.

—Vete o te pondré una falta por hacer pellas de forma deliberada—amenazó burlona.

—No puedes.

—Sí que puedo, soy tu tutora ¿eso lo sabes no?—preguntó incrédula.

La sonrisa a modo de disculpa que le regalo Lexa le indicó que en efecto ni siquiera sabía eso.

—¡Por Dios! Me sorprende que hayas encontrado las aulas—contestó empuñando los ojos.

—Pues ahora que lo dices ha habido una...

—¡Lárgate ya Lexa o llegarás tarde!—ordenó interrumpiéndola.

Lexa sintió como se le erizaba el bello y se le entrecortaba la respiración cuando escuchó su nombre salir de los labios de ella. Movi6 su mano temblorosa para metérsela en el bolsillo y sacar dinero para pagar.

Minerva interrumpió aquel movimiento colocando su mano sobre la de Lexa para impedir que sacara dinero.

—Déjalo, yo invito—dijo con la voz ahogada tras sentir una sacudida en su interior al notar el contacto de su mano sobre la de Lexa.

—No es necesario—contestó sin levantar la mirada para que no viera que tenía los ojos del revés.

—En serio, ya me invitarás tú otro día.

—¿Habrás otro día?—preguntó Lexa con un intenso brillo en los ojos.

—Solo si me haces caso y te vas a clase ahora—contestó sonriendo mientras colocaba una mano sobre su hombro para empujarla sutilmente hacia la puerta.

—Hecho, adiós—espetó Lexa.

—Hasta mañana—contestó la profesora desde la barra.

4

Insomnio

En cuanto llegó a su casa Lexa fue en busca del libro que había escrito Minerva, se sentó un rato en el sofá mientras observaba lo bien que quedaba el nombre de su profesora en la portada. No podía quitarse a aquella mujer de la cabeza y conociéndose a sí misma sabía la noche de insomnio que le esperaba, por lo que pasó la tarde trabajando y decidió dar un largo paseo caminando por la noche. Caminó sin rumbo durante más de dos horas, en busca de una relajación que le permitiera dormir al menos un rato esa noche pero no la consiguió, lo único que logró fue añadir el cansancio por el largo paseo a su cuerpo.

<<Genial>>

En cualquier otra situación aquel día Lexa no hubiese asistido a clase, no había conseguido pegar ojo en ningún momento, se pasó toda la noche dando vueltas en la cama, intentando que aquella mujer saliera de sus pensamientos, pero no podía, Minerva había conquistado cada rincón de su mente, de su cuerpo e incluso de su voluntad. Pero tras haber consultado el calendario académico en el que además constató que era cierto, Minerva era la tutora de segundo curso, se dio cuenta de que solo tenía clase con ella tres días a la semana, los lunes, los martes y los jueves, así que no iba a desperdiciar la oportunidad de verla ninguno de ellos.

Estaba agotada, se dio una ducha con agua tibia para despejarse, se recogió el pelo con su habitual coleta alta y se puso unos vaqueros negros junto a una camiseta del mismo color. En lugar de utilizar la chaqueta decidió llevarse una

sudadera con capucha de color blanco. Era muy habitual en ella llevar las capuchas puestas de forma que le cubrían toda la cabeza y normalmente parte de un lado de la cara. Eso la ayudaría a que los demás no descubrieran sus ojeras. Ese día la clase con Minerva era a última hora por lo que la mañana se le iba a hacer muy larga.

Empanada mental

Se sentó en el mismo lugar que el día anterior, no se molestó en quitarse la capucha, le proporcionaba un calor que agradecía y además la protegía un poco de aquellas luces cegadoras que iluminaban el aula. Apoyó el codo en la mesa para poder aguantarse la cabeza mientras esperaba a que la clase empezara y se acababa el café que llevaba en la mano. Los nervios volvían a apoderarse de su cuerpo conforme pasaban los minutos desde que llegó al campus, pensar en que iba a volver a verla hacia que se le encogiera el estómago.

—Vaya careto tía, los caminantes blancos tienen mejor aspecto que tú— bromeó Leire cuando se sentó a su lado.

—Gracias—contestó con una dulce sonrisa.

—¿No has dormido?

—No mucho.

—¿Le importa quitarse eso de la cabeza?—le preguntó el profesor cuando entró por la puerta.

Miró lentamente hacia arriba y le vio parado frente a ella esperando a que se quitara la capucha.

<<Joder>>

Conforme pasaban las horas su mente se fue despertando gracias a la ayuda de una cantidad indecente de café y de refrescarse la cara en el baño siempre que tenía ocasión, aun así, su cara era el puro reflejo del agotamiento.

Minerva suspiró profundamente en cuanto entró en la clase y la vio, estaba de espaldas hablando con su compañera, el borde de su capucha se elevaba por

encima de su cuello hasta rozarle las orejas.

—Buenos días—dijo para toda la clase cuando pasó por su lado.

Lexa dio un respingo en su asiento, estaba distraída hablando con Leire y se asustó al escucharla.

Minerva también había estado toda la mañana nerviosa, deseaba que llegara aquella clase para ver a Lexa y convencerse a sí misma de que no podía estar empezando a sentir algo por ella. Desde que empezó a ejercer como maestra solo se había establecido una norma a sí misma, nada de relaciones con los alumnos. Era una norma muy simple y hasta la fecha no había tenido problemas para respetarla, pero ahora que se encontraba allí de nuevo delante de ella, tuvo la extraña sensación de que esta vez la cosa iba a cambiar. Al igual que Lexa ella tampoco había dormido mucho esa noche. Su mente analizaba lo bien que le iba hasta la fecha, se encontraba en uno de los mejores momentos de su vida, tenía un trabajo que le encantaba, había escrito un libro que había sido un éxito, no tenía problemas económicos y además llevaba un par de semanas conociendo a alguien con quien tenía claro que podía llegar a algo más serio y estable, pero desde que había conocido a Lexa empezaba a dudar de todo.

Como el día anterior la observó disimuladamente y tardó muy poco en darse cuenta de la cara de agotamiento que tenía su alumna. Pudo incluso comprobar el esfuerzo que Lexa hacía para prestar atención en clase pero finalmente su mente la venció y acabó de nuevo con la mirada perdida, de nuevo sentía que la miraba pero no la veía. Aunque por un lado le molestaba que no escuchara parte de su clase, por otro le parecía enloquecedor, al fin y al cabo Lexa no lo hacía a propósito, simplemente sucedía en contra de su voluntad. Verle aquella cara de cansancio hizo que le diera lástima, así que la dejó en su nube todo lo que pudo hasta que llegó un momento durante su clase en el que iba a dar una información importante, de aquellas que normalmente caían en los exámenes, así que no dudó en acercarse a ella.

—Intenta prestar atención por favor, esto es importante—dijo apoyando totalmente su mano en la mesa de Lexa e inclinándose ligeramente hacia ella para hablarle en voz baja.

Provocó en Lexa el mismo gemido ahogado que el día anterior. Se quedó perpleja al oír su voz de nuevo dirigiéndose a ella y no pudo evitar reparar en su

preciosa mano y sus uñas perfectamente cuidadas.

—Lo siento—dijo con la voz entrecortada mientras se frotaba los ojos.

Lexa ya empezaba a hacerse a la idea de que aquella sensación de hormigueo, ese nudo en la garganta, esas palpitaciones que sacudían todo su cuerpo y su pulso acelerado, iban a acompañarla durante el resto de su vida. Aquello se convirtió en una costumbre, en su nueva forma de vida, durante las dos siguientes semanas fue exactamente lo mismo, nervios, palpitaciones, escalofríos, sacudidas. En cada nueva clase que tenía con Minerva experimentaba sensaciones nuevas, algunas no sabía ni que existían, de hecho no sabía ni si tenían algún nombre que las describiera.

Minerva por su parte estaba desesperada, desde que había conocido a Lexa había estado evitando a la chica que estaba conociendo, cada vez quedaba menos con ella, siempre le ponía una excusa y aunque no se habían acostado sí que solían besarse, otra cosa que Minerva estaba evitando desde entonces. Cada día se decía a sí misma que tenía que centrarse en aquella otra chica, darle una oportunidad y seguir con su norma de no acercarse a las alumnas, pero después entraba en clase, veía a Lexa y era como si todo lo demás dejara de existir cuando la tenía delante.

6

La otra

En la siguiente clase Minerva llevó unas fotocopias para repartir entre los alumnos. Tal y como hacía siempre, se colocaba delante de un alumno de primera fila, contaba todos los que tenía por detrás y después le daba la cantidad exacta de fotocopias para que las fuera pasando hacía atrás. Así lo hacía con todos los de primera fila, era mucho más rápido. Empezó por una punta hasta acabar parada delante de Lexa. Mientras contaba las hojas para dárselas se dio cuenta de lo agitada que era la respiración de su alumna, el corazón le dio un vuelco y empezó a latirle con tanta fuerza que por un momento pensó que sus alumnos podían oír sus latidos. Se equivocó y volvió a contar de nuevo, cuando por fin acertó le entrego las hojas a Lexa, pero esta estaba tan nerviosa que cuando las fue a coger se le cayeron al suelo. Rápidamente se levantó de la silla y las dos se agacharon para recogerlas.

—Lo siento—dijo Lexa con la voz entrecortada.

—No te preocupes, no pasa nada—le dijo con un tono de voz muy suave.

Minerva se levantó mientras Lexa recogía la última hoja.

—Venga, arriba—dijo Minerva tendiéndole la mano para ayudarla a levantarse.

Cuando sus manos se tocaron fue como si las hubieran electrocutado a ambas, las mariposas empezaron a volar por el interior de sus cuerpos recorriéndolos de arriba abajo, mantuvieron ese contacto durante los dos o tres segundos que Lexa tardó en ponerse en pie pero fue tiempo suficiente para que a la alumna le temblaran las piernas.

—Joder—jadeó en voz muy baja.

Minerva se dio cuenta en seguida de que su alumna no tenía la misma

capacidad de autocontrol que ella, podía ver sin esforzarse como le temblaban la boca.

—Siéntate—dijo agarrándola por un brazo por miedo a que se desplomara allí mismo. Lo hizo de forma muy disimulada, aprovechó que ayudaba a Lexa para extender el brazo hacia el alumno que se sentaba justo detrás y entregarle las fotocopias a él, de esa forma parecía que en lugar de ser ella la que sujetaba a Lexa, era ella la que la utilizaba para alcanzar al otro alumno.

—Marcos, ¿las pasas tú por favor?

Cuando la clase terminó, Lexa cruzó la puerta como una bala, esta vez se dirigió primero a los baños a lavarse la cara de nuevo y después se dirigió directamente a su coche sin darse cuenta de que Minerva la seguía a pocos metros. Se metió dentro y bajó todas las ventanillas para que el aire la golpeará desde todos los ángulos posibles, colocó las dos manos en el volante y lo apretó tan fuerte que se le pusieron los nudillos blancos. Suspiró profundamente y se reclinó hacia atrás contra el asiento.

—¿Estás bien?—le preguntó Minerva apoyada en la ventanilla del copiloto—tienes mala cara.

—¿Me has seguido?—preguntó la alumna.

—¿Te molesta?

—No.

—¿Puedo?—preguntó pidiendo permiso para entrar en el coche.

Lexa asintió.

—Lo siento, el otro día fui muy grosera, dijiste que necesitabas aire y ni siquiera te pregunté porque—dijo Minerva mientras se sentaba y cerraba la puerta—¿Te encuentras mal?

Sabía perfectamente lo que le pasaba a Lexa, pero con aquella pregunta intentaba convencerse a sí misma de que podía ser otra cosa.

—No, solo estoy un poco destemplada, no duermo muy bien últimamente.

—¿Y eso?

—No lo sé—contestó encogiéndose de hombros.

—¿No lo sabes o no me lo quieres decir?

—Lo segundo—afirmó de nuevo dejando que su lengua fuera más rápida que su mente.

Minerva se apoyó en la puerta mientras la miraba y suspiró profundamente.

—¿Te pongo nerviosa?—preguntó la profesora sin poder dejar de mirar a su alumna.

—Un poco.

Minerva sintió una punzada en el corazón, aunque ella lo disimulaba mucho mejor, sabía exactamente como se sentía Lexa y le dolía ser ella quien se lo provocaba, así que decidió que lo mejor era cortar aquello de raíz, ahora solo le faltaba encontrar las palabras adecuadas para no más hacerle daño.

—A mí no me parece un poco—dijo colocándose bien el cuello de la camisa.

—No seas engreída, no todo gira en torno a ti, tengo otras cosas en la cabeza...Tú eres una pieza más del puto puzle—mintió sonriendo.

Minerva no creyó del todo sus palabras, pero se sintió un poco mejor al pensar que quizá una pequeña parte de su malestar no se debía a ella.

—Me alegro—dijo sonriendo—¿De qué trabajas?—preguntó para relajar un poco el ambiente.

—¿Cómo sabes que trabajo?

—Bueno, tienes treintaidós años, dudo que vivas a costa de tus padres con esa edad...

—¿Cómo sabes mi edad?

A Minerva le encantaba cuando Lexa replicaba y convertía sus respuestas en preguntas, además tuvo la sensación de que mientras hablaban Lexa parecía más

calmada, y era cierto, la conversación con su profesora hacía que se distrajera de sus pensamientos y aunque le resultara contradictorio se relajaba.

—Soy tu tutora, tengo acceso a tu ficha.

—Un poco.

—Juegas con ventaja, no es justo—se quejó Lexa.

—Cierto, no lo es ¿Qué quieres saber?

—¿Vas a responder a todas mis preguntas?

—Solo a un par, así que escógelas bien—sugirió Minerva con una pícara sonrisa.

—¿Qué edad tienes tú?

—Eso podrías haberlo averiguado en Internet—respondió sorprendida por la pregunta.

—No quiero que me lo diga Internet, quiero oírlo de tus labios.

Otra vez Minerva sintió como su corazón latía con virulencia por todo su cuerpo.

—Treintainueve. Te saco siete años.

—El siete es mi número favorito—mintió de nuevo, era el cinco—¿La diferencia de edad es un problema para ti?

—¿Esa es tu siguiente pregunta?

—No.

—¿Y cuál es?—dijo ignorando la anterior y temiendo que su siguiente pregunta fuera la que le iba a propiciar la oportunidad de parar aquello antes de que se le fuera de las manos.

—¿Sales con alguien?

En efecto ahí estaba, Lexa había hecho la pregunta que le facilitaba el camino que odiaba tener que tomar.

<<Es lo más sensato>> se decía a sí misma para aliviar el dolor que le provocaba lo que iba a hacer.

Suspiró de nuevo y miró a Lexa a los ojos, pero no le salían las palabras, no las encontraba.

—No me contestas, eso es que sí.

—Más o menos—contestó sintiendo que se le encogía el corazón al ver la decepción dibujada en el rostro de Lexa.

—¿Más o menos? ¿Es más o es menos?

—Nos estamos conociendo.

—Entonces no sales con ella—afirmó.

--¿Cómo sabes que es chica?

—No lo sabía, ahora sí.

Minerva no pudo evitar sonreír, adoraba esas conversaciones con Lexa, ese tira y afloja y esa guerra de preguntas que mantenían para ver cuál de las dos conseguía antes la información que quería, y esta vez Lexa la había pillado con la guardia baja.

—¿Te trata bien?

Minerva se sorprendió mucho ante aquella pregunta.

—Sí—titubeó—lo hace.

—Entonces me alegro por ti, no te preocupes, no te molestaré.

Minerva sintió que el corazón se le paraba, era cierto que ella había tomado la decisión de apartarla de su vida, pero estaba segura de que Lexa se lo pondría un poco difícil, aquella rendición tan rápida por parte de su alumna le dolió y además no le pareció lógica.

—¿Ya está? ¿Te parece bien?—sabía que no tenía derecho pero necesitó preguntárselo.

—¿Qué quieres que te diga Minerva? Me acabas de dejar claro que la escoges a ella—dijo con la voz ahogada.

—Yo no he dicho eso.

—Pero es lo que quieres hacer.

—Sí—en este caso fue la profesora la que mintió.

—Pues ya está, supongo que eso me ahorra pagarte un café—bromeó intentando reprimir las ganas de llorar que tenía.

—Preferiría que me lo pagaras la verdad.

Lexa se quedó paralizada ante la petición.

—¿Para qué? ¿Para contarme lo bien que te va con ella?

—¡No!—contestó—para que me preguntes lo que quieras.

—Ya no necesito preguntar más, no te preocupes—contestó con ironía.

—No es cierto y lo sabes, tú no eres de las que se conforma a la primera Lexa—afirmó—sé que tienes preguntas y entiendo que no quieras hacérmelas ahora.

—¿Ahora te preocupas por mí?—dijo con otra sonrisa irónica.

—Lo siento mucho Lexa, de verdad. Pero es mejor así créeme.

—Ni se te ocurra hacer eso Minerva—dijo con la voz temblorosa.

—¿Hacer qué?

—Tomarte la libertad de decidir lo que es mejor para mí, di que es lo que más te conviene a ti—le dijo con el tono de voz más cortante que fue capaz de adoptar.

—Tienes razón, perdona, no he querido ofenderte.

—Da igual ¿quieres que te deje en tú coche?—preguntó sutilmente para dar por zanjada la conversación.

—Gracias, pero lo tengo justo ahí—dijo señalando unos metros más allá.

Lexa asintió con la mirada clavada en el frente, mordiéndose los labios y conteniendo la respiración, necesitaba que aquella mujer se bajara del coche de inmediato. Por suerte para ella Minerva en aquellos días había aprendido a interpretar un poco su expresión corporal de forma muy hábil, así que abrió la puerta y se bajó.

—Lo siento mucho de verdad—se disculpó antes de cerrar la puerta y permitir que sus ojos fueran inundados por un mar de lágrimas de camino a su coche.

De bajón

A pesar de lo que le dolió la afirmación de Minerva, Lexa agradecía que hubiese sido sincera con ella, aunque se sentía rota por dentro y estaba segura de que iba a tardar más tiempo que nunca en recuperarse, al menos ahora sabía con seguridad que lo único a lo que podía aspirar de su profesora eran sus clases. Ya no tenía que crearse expectativas ni pensar en si la miraría en clase. Ahora daba igual, todo estaba claro, y con ese pensamiento en su mente se quedó dormida esa noche.

Se despertó sobresaltada, con un solo pensamiento en su cabeza. Minerva tenía razón, aunque era cierto que no tenía intención alguna de interponerse en la decisión de su profesora, ella tenía preguntas, tenía preguntas y quería respuestas, pero no podía hacérselas en aquellas condiciones, necesitaba dos o tres días para recomponerse un poco y ser al menos capaz de hablar con ella sin que le entraran ganas de llorar, así que decidió que en lo que quedaba de semana no iría a la facultad de derecho.

Minerva viajó por los pasillos de la facultad buscando aquella melena rojiza sin éxito durante todo el día, se decía a sí misma que era una casualidad que no la hubiese visto, pero en realidad estaba casi convencida de que Lexa no había ido en todo el día. Así pasó todo el día y se fue a casa con la esperanza de verla al día siguiente en su clase, pero no fue así, aquella esquina estaba vacía, aquella mirada perdida no estaba ese día reclamando su atención. Fue la clase más larga y dolorosa de toda su carrera.

—¿Sabes algo de Alexa?—le preguntó Minerva a Leire al finalizar la clase.

—No, no sé nada de ella—contestó.

—¿Desde cuándo no viene?

—Desde hace dos días. Si lo llego a saber le pido el número, el martes tenía

muy mala cara, me dijo que no había pegado ojo en toda la noche.

—No te preocupes, seguro que ha sido un catarro y el lunes está aquí como nueva, ya verás.

—Eso espero—contestó Leire.

8

Respuestas

Esos días Lexa lloró lo que no estaba escrito pero le sentaron bien, le sirvieron para aceptar lo que Minerva le había dicho, y aunque sabía que su corazón se iba a desbocar como un potro en cuanto la viera, se vio con fuerzas para poder mirarla y entablar una conversación con ella. Y ahí estaba, su profesora caminaba por delante de ella por el pasillo y no dudó un instante en ir a hablarle.

—¿Cómo sabías que tenía preguntas?

—¡Por Dios Lexa! ¿Quieres que me dé un infarto?—dijo agarrándola de un brazo para apartarla a un lado.

—No me gustaría la verdad.

—¿Por qué no viniste la semana pasada?

—Yo he preguntado primero.

—No creo que este sea el lugar más apropiado para esta conversación.

—Pues te invito a un café, así estaremos en paz y tú contestas a mis preguntas. Después no volveré a molestarte lo prometo.

—No me molestas—contestó abatida.

—Ya claro ¿Vamos ahora?

—Ahora tienes clase.

—Me la salto, ya le pediré los apuntes a Leire.

Minerva estalló en una carcajada.

—¿Qué cojones te hace tanta gracia?—se mosqueó Lexa.

—Tienes clase conmigo guapa, ¿Qué hacemos, me la salto yo también?—dijo irónicamente a la vez que le arrancaba una sonrisa a Lexa que se había quedado con cara de emoticono sorprendido.

—No me había dado cuenta—se excusó.

—Sí, ya lo veo. Y por cierto, recuérdame que hablemos también sobre esa afición tuya a saltarte clases, ese rollo se tiene que acabar Lexa, lo digo en serio. Y lo de decir tantos tacos también...

—¿Algo más?

—Vamos anda...—sonrió la profesora.

—¡Has venido! Me tenías preocupada tía, desapareciste tres días—le reprochó Leire cuando se sentó a su lado.

—Sí bueno, no me encontraba muy bien, pillé un buen catarro y prefería quedarme en casa y un no ser un foco contaminante para todo el campus ya sabes...—contestó arrancando una sonrisa de su compañera.

—Vaya, Minerva acertó—añadió Leire aun con su sonrisa.

—¿Acertó?

—Sí, vino a preguntarme si sabía algo de ti y eso...

—¿A sí?

—Sí, parece que le caes bien—contestó sin darle mayor importancia.

Fue la primera clase en la que Lexa consiguió no distraerse y cuando terminó, esperó a que los típicos alumnos que siempre acudían a la profesora con

cualquier chorrada se fueran, entonces se acercó a ella.

—¿Vamos ahora?—preguntó.

—Ahora tienes clase, ve.

—Pero tú ya estás libre...

—Te esperaré—dijo mientras recogía sus cosas.

—¿A sí?

—Claro, quedamos en la cafetería del otro día.

—Estará llena de gente...

—Es verdad, pues quedamos en otra que hay al final de la calle donde teníamos los coches aquel día—hizo una pausa al ver cómo le cambiaba la cara a su alumna al recordar aquel día y se sintió fatal—allí hay un bar bastante tranquilo, te espero allí.

—Vale.

Minerva aprovechó esa hora para organizar un poco su agenda, desde la publicación del libro apenas tenía tiempo libre entre las clases, conferencias y eventos relacionados con el mismo. Estaba tan ensimismada leyendo su calendario de eventos que no se dio cuenta cuando Lexa entró en el local.

—¿Es la lista de la compra?—preguntó asustándola de nuevo y señalando la hoja que la profesora sostenía.

Minerva dio un respingo en la silla y casi tira su café por encima de la mesa.

—¿Le estás pillando gustillo a esto de asustarme no?—se quejó.

—Tal vez—contestó divertida—¿Qué es?—volvió a insistir con el documento.

—Mi agenda para los próximos veinte días.

—¿Puedo verla?—preguntó esperando una negativa. Pero para su sorpresa su

profesora se la cedió.

—Vaya, vas a estar muy entretenida...

Tenía eventos prácticamente a diario.

—La verdad es que no sabía que la publicación de un libro pudiese generar tanto trabajo—contestó con hastío.

—Es lo que pasa cuando publicas una obra maestra, si hubiese sido una mierda de libro no tendrías tanto trabajo—contestó devolviéndole la hoja.

—¿Lo has leído?

—Unas cuantas veces—dijo con timidez.

Minerva sonrió ante la afirmación.

—¿Qué tiene ella que no tenga yo?—preguntó cambiando el tema radicalmente.

—Vaya, que directa...

—Bueno, a esto hemos venido ¿no? A que contestes a mis preguntas... Hazlo y después solo tendrás que verme en clase, o ni eso, puedo sentarme atrás del todo y...

—Vale ya Lexa—contestó malhumorada—la respuesta a tu pregunta es nada, ella no tiene nada que no tengas tú.

—¿Entonces es por la edad? ¿Te molesta la diferencia?

—Tengo que reconocer que jamás he estado con nadie a quien le sacara o me sacara más de cuatro años, pero no, siete años tampoco son una barbaridad, tú edad no es un problema.

—¿Y entonces, qué coño es?

—¿Quieres hablar bien por favor?—la regañó.

—¡No! No quiero, contéstame.

Minerva dio un largo y profundo suspiro y se recostó en el respaldo de su silla.

—Digamos que tú tienes algo que no tiene ella, más bien eres algo que no es ella—corrigió.

Entonces Lexa supo en seguida de que se trataba.

—Es porque soy tu alumna ¿no?

—Sí.

—Menuda chorrada Minerva, somos sobradamente mayores de edad, de hecho tú ya lo eres dos veces.

Minerva sonrió ante el ataque gratuito.

—Lo sé, pero son mis normas Lexa, jamás me he liado con ninguna alumna y quiero que siga así. Sé que no lo entiendes pero te agradecería que lo respetaras.

Lexa no contestó, se quedó mirando la mesa como si estuviera intentando comprender sus motivos, pero estaba claro que no lo hacía.

—Nadie tendría porque saberlo—dijo sin mirarla.

—No lo entiendes Lexa, salir contigo implica un trato de favor hacia ti y eso no es justo para tus compañeros.

—Yo no necesito ningún puto trato Minerva.

La profesora suspiró y se tocó el pelo como si buscara palabras escondidas por su melena.

—Lo sé, pero no puedo evitarlo, ni siquiera salimos y ya lo estoy haciendo de forma involuntaria.

—Pues no veo en que...

—¿Crees que eres la única de la clase que se queda empanada?

—No lo sé.

—Pues no, ya te lo digo yo. En todas las clases siempre hay una media de tres o cuatro alumnos con una capacidad de distracción bastante asombrosa. Eso siempre me ha dado igual, yo estoy allí para enseñar no para hacer de niñera.

—¿Me estás llamando niña?

—No, para nada, lo único que digo es que hasta ahora me he limitado a dar mis clases lo mejor que he podido, y ayudo a los alumnos en todo lo que puedo, les ofrezco siempre el mismo trato a todos Lexa y desde que te conozco no puedo. Todo lo que te pasa me afecta aunque no quiera, si te veo distraída me preocupo e intento captar tu atención para que sigas el hilo de la clase, eso no lo hago con el resto y no está bien.

—Pues no lo hagas.

—No puedo evitarlo, es como los días que faltaste. Por supuesto tampoco fuiste la única alumna que se saltó clases pero si eras la única que me preocupaba a mí.

—Entonces sientes algo por mí, no son alucinaciones mías—afirmó.

Minerva se retorció en su asiento mientras Lexa se reía.

—Dijiste que contestarías a mis preguntas—insistió.

—Ya has hecho bastantes ¿no crees?

—Pero esta es la más importante. Contéstame, es fácil, o lo sientes o no lo sientes, solo necesitas un monosílabo.

—Ya sabes que sí—reconoció mirándola a los ojos.

—¿Cómo puedes estar con ella y sentir algo por mí al mismo tiempo?—preguntó contrariada.

—Lexa ya vale, no sigas por ahí.

—Es que no lo entiendo, y no te juzgo, pero creo que yo no podría...

—Ni yo tampoco, ¡Joder!—dijo haciendo un aspaviento y girando la cabeza a

un lado.

—Has dicho un taco, voy a apuntarlo—bromeó.

—Por tu culpa—contestó riendo con la voz ahogada.

—¿Entonces no sales con ella?

—No.

—Pero la escogiste, dijiste que...

—Escogí lo que era sensato, pero después no pude—se quejó.

—¿No pudiste qué?

—Volver a verla.

A Lexa se le iluminó la cara y no pudo evitar sonreír.

—A mí no me hace gracia—la reprendió su profesora.

—Ni a mí—contestó burlona—¿Por qué no pudiste volver a verla?

—Esta conversación se acaba aquí Lexa, ya he respondido suficiente—dijo recogiendo sus cosas para levantarse.

—No espera, espera—le suplicó colocando su mano encima de la de ella.

Minerva suspiró de forma entrecortada al notar el contacto directo con su mano otra vez, estaba caliente y era suave. Volvió a suspirar profundamente mientras la miraba a los ojos, pudiendo ver reflejada en la expresión de Lexa que había sentido lo mismo. Minerva giró su mano hacia arriba y la retiró suavemente dejando que las yemas de sus dedos acariciaran la palma de la mano de Lexa, que no pudo evitar suspirar tan profundamente como lo había hecho ella.

—Dime por qué no pudiste volver a verla, por favor—suplicó con la voz ahogada.

—Ya lo sabes.

—Quiero que me lo digas tú, *necesito* que me lo digas tú.

Minerva se rindió.

—Muy bien, tú ganas, no pude volver a verla porque sabía que en el momento que me diera un beso o intentara tocarme yo solo iba a poder pensar en ti, y eso es asqueroso, no me gustaría nada que me lo hicieran a mí. Así que la llamé y le dije que no podía seguir viéndola, fin de la historia.

—Pero...

—Pero nada Lexa, necesito dejar este tema zanjado de una vez.

—Eso ya lo sabías cuando estabas conmigo en el coche ¿verdad? No tenías intención de seguir viéndola y aun así permitiste que yo pasara el peor día de mi vida.

—Y lo siento mucho de verdad, pero mi postura sigue siendo la misma independientemente de que ya no me vea con ella.

—Haré que cambies de opinión.

—No lo hagas Lexa, no lo compliques más te lo suplico.

—Me debes un beso.

—¿Qué?—preguntó Minerva estupefacta.

—Lo que has oído, me debes un beso.

Un hormigueo recorrió el cuerpo de Minerva en ese momento.

—¿Y por qué se supone que te lo debo?—preguntó curiosa.

—Por la semana de mierda que me has hecho pasar.

—Eso es chantaje—se rio.

—Llámalo como quieras, ¿pero funciona?

Minerva no podía dejar de reírse.

—Sí—contestó con el corazón desbocado—¿lo quieres ahora?

Lexa sonrió con picardía.

—Creo que no me has entendido Minerva, no quiero un beso en la mejilla, lo quiero en la boca—dijo tocándose los labios con el dedo índice—así que dudo mucho que quieras dármelo aquí...

Minerva suspiró de nuevo, echó la cabeza hacia atrás y se puso seria.

—¿Por qué haces esto Lexa?

—Porque necesito saber que se siente...—suspiró.

—Venga, creo que sabes de sobra lo que se siente al besar a una mujer.

—Sí, pero no a una que hace que me tiemblen las piernas con solo mirarme.

—Lexa...

—¿Qué? No te cuesta nada, además puede que no te guste y te olvides de mí de un plumazo. Te prometo que no meteré lengua—dijo riendo.

A Minerva se le humedeció la entrepierna solo al imaginar la lengua de Lexa recorriendo sus labios.

—Está bien, pero no será hoy ni mañana, ni tampoco algo forzado ¿de acuerdo? Si encuentro el momento oportuno te lo daré.

—Me vale—contestó con una enorme sonrisa.

9

Guerra perdida

Pasó más de una semana en la que solo se vieron en durante las clases, salvo un día que coincidieron en la máquina de café del pasillo.

—No me mires así, se lo que te debo—dijo Minerva mientras recogía su café y echaba otra moneda para invitar a Lexa.

—Pensaba que habías cambiado de opinión—dijo apretando el botón de la leche manchada.

—No, aunque empiezo a temer que tú lo hagas.

—¿Yo? ¿Por qué?

—Bueno, parece que cada vez te llevas mejor con Leire y viendo cómo te mira...

Cara de emoticono sorprendido para Lexa otra vez.

—¿Cómo me mira?

—Venga ya, no me digas que no te has dado cuenta...

—¿Cuenta de qué Minerva?—empezó a asustarse.

La profesora empezó a reírse.

—Te juro que a veces no entiendo cómo puedes ser tan inteligente para unas cosas y tan tontorróna para otras—dijo mientras se acercaba para susurrarle al oído—Leire te mira como si estuvieras desnuda, de hecho me sorprende que no te haya dicho nada todavía...

—Estás paranoica, a Leire no le van las tías Minerva.

—¿Se lo has preguntado?

—No.

—Pues eso...

—¿Estás celosa?—preguntó llevando la conversación a su terreno.

—No.

—No mientas, sí que lo estás.

Empezaba la batalla verbal.

—Un poco tal vez—reconoció sonriendo—¿Te gusta?

—¿El qué? ¿Ella? ¿O que tú estés celosa?

—Ella.

—No. Me gustas tú, pero eso ya lo sabes. Lo que no sabes es lo mucho que me pone que estés celosa—dijo mordiéndose el labio inferior.

—No me provoques Lexa—dijo amenazándola con el dedo.

Ella sonrió.

—Me besarías ahora mismo ¿a que sí?

—¿Quieres bajar la voz?—dijo sonrojada.

—No me has contestado.

Minerva se acercó a ella provocativamente y le susurró al oído.

—Te haría algo más que besarte y te aseguro que te gustaría—dijo rozando la oreja levemente con la nariz.

Lexa experimentó todas las sensaciones posibles en aquel momento, su corazón le pedía a gritos saltar de su pecho, su respiración se aceleró tanto que le costaba coger aire, las hormigas danzaban por su estómago y sus bragas

acababan de humedecerse.

—No empieces guerras que no puedes ganar—se mofó su profesora mientras miraba alrededor para asegurarse de que nadie se había percatado de la escena.

—Gracias—fue lo único que se le ocurrió decir a Lexa.

—¿Por qué?—preguntó perdida.

—Por el café—contestó con la mano temblorosa.

Minerva suspiró mientras miraba al flan que tenía por alumna hasta que poco a poco Lexa volvió a recobrar la compostura.

—¿Me dejas ir a una de tus presentaciones? Para que me firmes el libro y eso...—especificó.

—¡Dios! Eres increíble—contestó la profesora con una voz tan dulce que casi pudo saborearla—Puedes ir cuando quieras, de hecho me encantaría.

—Lo tendré en cuenta y si hay alguna cerca tal vez me escape.

—Estaré encantada de que lo hagas.

Perra en celo

Pasaron más días y Lexa empezó a prestar atención a los detalles de sus conversaciones con Leire, temiendo que fuese verdad lo que decía Minerva. Y en efecto así fue, aunque no como Lexa pensó. Ingenuamente creyó que su amiga se lo confesaría en algún momento, incluso pasó horas pensando en cómo le diría que no de la forma más delicada posible si llegaba el caso y sin tener que decirle que ella estaba colada por otra persona. Pero no tuvo esa oportunidad, al menos no desde un principio.

Entraron a la vez en los baños como habían hecho infinidad de veces desde que había empezado el semestre, Lexa entró en uno de los baños y una fuerza desbocada de impidió cerrar la puerta. Leire empujó la puerta hasta entrar con ella, la arrinconó contra la pared y antes de que tuviese tiempo a reaccionar se encontró con los labios de Leire pegados a los suyos a la vez que la agarró por los glúteos con las dos manos y la empujó hacia ella para sentir el contacto de su sexo contra el de ella. Lexa interpuso sus manos en medio de ambas para intentar apartar a Leire que estaba desatada y gemía por el contacto. No pudo, Leire la tenía arrinconada y no tenía mucho margen para maniobrar, así que decidió retirar la cabeza en seco, lo que provocó que se golpeará la coronilla contra la pared.

—Para Leire, ¡para joder!

No supo muy bien si fue el golpe que se dio o sus palabras pero finalmente Leire reaccionó y se apartó.

—Lo siento—dijo—pensé que tú también querías...

—¿Te he dado pie a pensar eso en algún momento Leire? Porque si es así lo siento, de verdad—dijo masajeándose la cabeza.

—No—dijo con la voz temblorosa—es que como sé que te gustas las mujeres

pensé que quizá...

—Me gustan las mujeres Leire, pero no voy por ahí besándolas a todas. ¿Desde cuándo te gustan a ti las tías?—preguntó sorprendida.

—Desde que te conozco.

La cara de Lexa era un poema, ¿cómo podía no haberse dado cuenta?

—¿Te he hecho daño? Menudo porrazo te has dado—se preocupó Leire.

—No tranquila, estoy bien. ¿Te importa salir un momento? Me hago pis...

—Sí, claro, perdona.

Lexa aprovechó esos segundos para pensar de nuevo en lo que podía decirle a su amiga pero era inútil, no se le ocurrió nada y Leire la estaba esperando cuando salió.

—¿Podemos hablar fuera?—preguntó.

—Claro...

<<Mierda>>

Se sentaron en la hierba y todo lo que Lexa no quería oír fue lo que salió por la boca de su amiga.

—Siento haberte asaltado como una perra en celo. ¿Puedes borrarlo de tu mente por favor?

Lexa sonrió.

—Claro, tranquila.

<<Aunque lo dudo bastante>>

—Podríamos quedar un día de estos, fuera del campus digo y tomarnos algo—sugirió.

—Es mejor que no Leire—dijo sintiéndose fatal.

—¿Por qué no? Quiero decir, tú no estás con nadie, ¿ni siquiera vas a molestarte en conocerme?—preguntó ofendida.

Leire tenía razón, ella no estaba con nadie a fin de cuentas y sabía sobradamente que en circunstancias normales era muy probable que le hubiese dado una oportunidad, Leire no era la más guapa del campus pero tenía algo que la hacía especial, además era muy simpática y lo mejor de todo es que parecía buena persona. Pero no eran circunstancias normales, sabía que aunque lo intentara no podría dejar de pensar en Minerva, al igual que le había pasado a ella con “la otra”. Así que no le quedó más remedio que decirle la verdad.

—En otro momento de mi vida me hubiese encantado conocerte en ese plan Leire, pero...—de repente no le salían las palabras y fue Leire la que terminó la frase.

—Pero te gusta otra ¿no?

—Sí—contestó con la mirada baja.

—¿Mucho?

—Demasiado.

—¿Estáis saliendo?

—No.

—¿Por qué?

Lexa empezaba a desesperarse con tanta pregunta.

—Podría decirse que ella no quiere.

—¿La conozco?

—No—mintió.

—Y si no quiere estar contigo ¿por qué no intentas pasar página? Si quedamos...

—Leire no, no quiero pasar página, me gusta demasiado para planteármelo

ahora.

—Muy bien, en ese caso la que tiene que pasar página soy yo.

—Leire no te enfades—le rogó.

—No lo hago, no estás obligada a quererme, pero comprenderás que necesito mi espacio ¿no? Suerte Lexa—dijo poniendo rumbo al campus sin mirar atrás.

Y vaya si Leire necesitaba espacio, pasó de sentarse siempre al lado de Lexa a hacerlo al fondo de la clase. Nadie le dio importancia al detalle salvo Minerva, que vio como Lexa se había quedado sin el único apoyo que parecía tener.

Temblores

Lexa se sentía más sola que nunca, no podía tener a Minerva y ahora su única amiga no le hablaba. Aunque nunca habían quedado fuera del campus, Leire había sido la persona que había estado a su lado en sus malos ratos en las clases de Minerva, aunque ni siquiera fuese consciente de ello. Se contaban cosas, más bien chorradas, bromeaban, se reían, de vez en cuando se llevaban alguna reprimenda y se pasaban los apuntes. Pero ahora no estaba y toda la atención de Lexa volvía a estar concentrada en su profesora. Su nerviosismo y su descontrol habían vuelto, la sensación de ahogo cuando ella la miraba, el pulso acelerado y el temblor de sus manos. Se sintió como si en lugar de avanzar estuviera retrocediendo.

Y así pasaron otros cuantos días en los que Minerva cada vez estaba más preocupada por su alumna, estaba más delgada y tenía ojeras.

Con un chasquido de dedos fue con lo que Minerva hizo volver de babilonia a Lexa.

—Jordan, cuando la clase acabe espérese, quiero hablar con usted—dijo Minerva cuando la miró.

Lexa se sintió más perdida que nunca, ni se imaginaba que era lo que podía querer Minerva ni estaba acostumbrada a que ella la llamara por su apellido y mucho menos a que la tratara de con formalismos, su cabeza fue un caos durante toda la clase hasta que terminó, entonces obedeció y esperó con paciencia a que la clase se quedara vacía.

—¿Qué pasa? ¿Es porque me he despistado?—preguntó.

—Se llama déficit de atención, y no, no es por eso. Acompáñame anda.

—¿A dónde?

—A comer.

—No tengo hambre.

—Pues miras cómo como yo—contestó fría como un tempano.

—¿De qué vas?

Minerva suspiró al darse cuenta de cómo le había hablado, estaba de mal humor y aun se sentía más molesta cuando se daba cuenta de que lo único que le pasaba era que se sentía culpable por el estado de Lexa.

—Perdona, no tengo un buen día Lexa, ¿me acompañas por favor?

Lexa la siguió con su coche durante casi media hora, aunque no le importó, si por ella hubiera sido se hubiese pasado todo el día conduciendo, era una de las pocas cosas que conseguía relajarla. Pararon en un restaurante, más bien una masía en medio de la nada, sin duda un lugar tranquilo. Minerva parecía conocer el sitio así que la siguió y se sentaron al fondo del comedor, al lado de una enorme ventana que dejaba a la vista el espléndido y frío día que hacía.

—¿Qué tomarán para beber?—preguntó el camarero.

—Yo vino, por favor—respondió Minerva.

—Yo Coca Cola, gracias.

—¿De qué quieres hablar?—preguntó Lexa preocupada.

Minerva no contestó, se limitó a meter la mano en su bolso y sacar una hoja de papel. La colocó encima de la mesa y la deslizó hasta colocarla delante de la alumna.

—¿Qué es?—preguntó.

—Míralo...

Lexa cogió el papel y se dio cuenta de que era una fotocopia del examen que había realizado la semana anterior, estaba corregido.

—Es mi examen, ¿qué le pasa, es por la nota?—preguntó desubicada.

—No, un nueve con dos me parece una buena nota.

—Joder, vaya letra, ya no sé ni escribir—dijo para disimular al darse cuenta de lo mucho que le temblaba el pulso en las clases de Minerva—me sorprende que hayas entendido lo que pone...

—No me hace gracia Lexa.

—¿Qué? Estaba un poco nerviosa ese día, tampoco es para tanto.

—Ya claro, el caso es que ese día hiciste otros dos exámenes ¿recuerdas?

—Claro, parece que os pusisteis de acuerdo para jodernos.

—Lexa le he pedido a los otros profesores que me dejaran ver tus exámenes.

—¿Puedes hacer eso?

—Como tú tutora puedo hacer lo que me dé la gana sí.

—¿Y qué pasa, he suspendido?, es que no te sigo Minerva...

—Pasa que en esos exámenes tu letra era limpia, definida y preciosa—suspiró.

—¿Te jode que te haya tocado la fea?—bromeó.

—Déjate de rollos Lexa, solo te tiembla el pulso en mi clase ¿así es como te hago sentir?

—Pues sí—contestó sin más.

Minerva agachó la cabeza.

—Pensaba que estabas más tranquila.

—Pues ya ves que no.

El camarero interrumpió para tomar nota.

—Yo una ensalada y un bistec...y ella también—contestó Minerva cuando Lexa hizo el intento de negar con la mano.

El camarero tomó nota y se fue.

—¿Qué haces? Te he dicho que no tengo hambre—dijo enfadada.

—Tienes que comer Lexa, si no lo quieres todo come un poco, pero come algo—dijo casi rogando.

Lexa asintió.

—Todavía estoy esperando a que vengas a una de mis presentaciones, ¿ya no quieres?

Desde que Lexa le había dicho que a lo mejor iba, se había pasado todas las presentaciones observando a la gente para ver si la veía.

—Sí, es que he estado un poco liada con el trabajo y las clases.

—¿De qué trabajas? El otro día no me lo dijiste...

—Diseño páginas web—dijo encogiéndose de hombros.

—Vaya, que interesante. Siempre he pensado que esa es una buena profesión, hoy en día sin Internet parece que la sociedad se hunde.

—Sí, no está mal—contestó pasiva.

—¿Te puedo hacer una pregunta?—dijo Minerva mientras les servían los platos.

—Cuando empiezas las frases así me das un poco de caquita.

Minerva se rio.

—Dispara va.

—¿Yo tenía razón con Leire verdad? He visto que ya no se sienta a tu lado—dijo poniéndose sería.

—Sí—respondió abatida—puedes regodearte si quieres, te dejo.

—No digas chorradas Lexa ¿Qué pasó? ¿Te dijo algo?

—Bueno, más que decir...

Lexa no tenía intención de contárselo pero fue Minerva la que preguntó al respecto y como además necesitaba desahogarse decidió responderle la verdad.

—No me lo puedo creer, ¿pasó al ataque sin más?—dijo con los ojos en blanco.

—Sí—contestó Lexa sin entrar en detalles.

Minerva sintió como le hervía la sangre al pensar en Lexa en manos de otra que no fuera ella.

—¿Qué hizo?—preguntó enfurecida.

—¿Qué más da? ¿Para qué quieres saberlo?

—Porque te veo afectada Lexa—dijo señalando la obviedad.

—Y porque te mueres de celos.

—Eso también—dijo con una tímida sonrisa—va, dime que pasó.

—Pues nada, yo entré en el baño porque me hacía pis básicamente y justo cuando iba a cerrar la puerta ella me asaltó y me acorraló contra la pared como si no hubiera un mañana...

—¿Te besó?

—Me besó, me toco el culo y se restregó contra mí...—hizo una pausa tímida—ya sabes, y todo eso en un solo movimiento, yo creo que es ninja o algo...

—¡Por Dios!—contestó indignada--¿Y tú que hiciste?

—Decirle que quería más—bromeó.

Minerva le dedicó la mirada más fulminante que había visto en su vida.

—Es broma joder, la intenté apartar, casi me abro la cabeza en el intento—dijo acariciándose la coronilla.

—¿Y luego?

—Le dije que saliera, tenía pis ¿recuerdas?—dijo con ironía.

Minerva estalló en una carcajada que acabó contagiando también a Lexa.

—Me encanta cuando sonrías—suspiró Minerva.

—A mí me encanta que haya algo en mí que te encante—dijo alzando las cejas.

—No digas bobadas, ya sabes lo que siento por ti.

—Creo que el vino te está afectando.

—Puede, pero es cierto.

—Da igual, no quiero hablar de eso—dijo Lexa.

Minerva la miró con cariño y cambió de tema.

—Bueno, pues cuéntame que pasó después, ¿hablasteis?

—Sí, y te lo resumiré muy rápido porque ese tema tampoco me gusta. Le dije que no podía ser, que estaba colada por una mujer que no me hace ni puto caso y el resto ya lo sabes, ahora no me habla.

—Lo siento mucho Lexa, de verdad.

—Gracias, oye ahora no vayas a suspenderla eh—bromeó.

—Pero que dices, lo que voy a hacer es regalarle un punto en el próximo

examen por tener el valor de hacer lo que debería haber hecho yo...¿De verdad estás tan colada por mí?—preguntó con los ojos vidriosos.

—¿Tan malo es?—dijo mirándola a los ojos.

—No, claro que no, es que pensaba que tal vez ya se te habría pasado un poco, con la tontería hace ya tres meses que estamos con el tira y afloja este que me está matando.

—Porque tú quieres. Ni si quiera me has dado mi beso—se quejó como una niña.

—Te dije que lo haría y lo haré—le cogió la mano entre las suyas y le besó las yemas de los dedos haciéndola jadear.

—Ese no cuenta, no es ahí donde lo quiero y lo sabes.

—No te preocupes, este es de regalo—dijo guiñándole un ojo—también te he dicho de quedar porque quería comentarte una cosa.

—Tú dirás.

—El jueves y el viernes tengo una conferencia en Granada.

—¿Y las clases?—la interrumpió.

—Pues por eso te lo digo, porque el jueves no me verás y no quiero que te preocupes ni te agobies ¿vale?

—Vale, ¿es por el libro?

—No, voy de ponente, para la presentación de una revista de investigación.

Lexa suspiró.

—Gracias por decírmelo—dijo mordiéndose los labios mientras Minerva pedía la cuenta.

—Al menos te has comido la ensalada.

Llegaron al aparcamiento y Minerva se detuvo al lado de Lexa.

—¿Te puedo abrazar?

—¿Cómo a un osito?—preguntó la alumna.

—Sí—contestó riendo—como a un osito. ¿Puedo?

Lexa agachó la cabeza y asintió. Minerva la rodeó con sus brazos de una forma tan tierna que Lexa pensó que iba a deshacerse. Apoyó la cara contra su cuello, se agarró a la espalda de su profesora y apretó con fuerza, hasta ese momento no se había dado cuenta de lo mucho que necesitaba ese abrazo. Minerva acariciaba su espalda con una mano y su nuca con la otra. Las dos suspiraban profundamente, estaban cómodas y relajadas. Minerva besaba el hombro de Lexa mientras sus mechones sueltos le hacían cosquillas en la oreja.

—Que bien hueles—suspiró Lexa.

—Estoy harta de echarte de menos—contestó estrujándola con fuerza mientras le daba un lento y cálido beso en el cuello que hizo temblar a su alumna.

—Eso tiene remedio—replicó Lexa.

El ruido de la puerta del restaurante al cerrarse las asustó y se separaron de inmediato, pero Minerva no ignoró el comentario de Lexa.

—Tal vez debería replantearme algunas cosas Lexa—dijo colocándole un mechón detrás de la oreja mientras la rozaba suavemente, tal y como se había imaginado en aquel bar.

Lexa volvía a estar acelerada como una moto.

—¿Cómo lo haces?—se quejó Lexa—¿No te pones nerviosa, ni un poco?

Minerva sonrió, le cogió la mano y le hizo colocar su palma justo por debajo de su pecho izquierdo. Lexa notó en seguida que latía tan acelerado y virulento como el suyo y se estremeció.

—Repito la pregunta: ¿Cómo lo haces para que no se te note cuando estás nerviosa?

Minerva se reía.

—No lo sé Lexa, siempre he sabido controlar ese tipo de emociones y la verdad es que el hecho de que los demás no puedan notar como me siento, a veces es una buena baza a mi favor.

—Enséñame—suplicó.

—Eso no se aprende—dijo acariciándole la mejilla—además, a mí me encanta verte así, te hace vulnerable y me encanta.

Lexa sonrió un poco y volvió a la conversación anterior.

—¿Qué es lo que deberías replantearte?

—Pensaba que no me habías escuchado...

—¡Yo siempre te escucho!

—Meeec, error, eso no es cierto—dijo refiriéndose a las clases.

—Bueno a veces no—dijo colorada como un tomate—pero ahora sí, dime.

—Pues eso, que estoy pensando mucho en todo Lexa, no sé...

—Puedo cambiar de universidad si ese es el problema—sugirió.

—Ni hablar, ni se te ocurra ¿me oyes? Ahora tengo que irme, esta tarde tengo una presentación en Toledo y no puedo salir muy tarde, pero hablaremos de esto ¿vale?

—¿Cuándo? Si siempre estás ocupada—se quejó.

—Tú también lo has estado.

—¡No compares!

—Bueno, lo hablamos la semana que viene cuando vuel...

—¿Y porque no luego?, no te vas hasta el jueves y hoy es lunes.

—Me voy el miércoles por la tarde para poder estar allí el jueves a primera hora de la mañana, y esta tarde y mañana tengo presentaciones Lexa. Si es que no tengo tiempo para nada—se quejó—últimamente me levanto algunas mañanas y no se en que día vivo...La universidad y el libro me tienen absorbida.

—Y eso te deja sin tiempo para mí—se quejó.

—Arreglaré esto ¿vale?, lo que no sé es como—suspiró—me voy ya dijo sujetándole la cara con las manos y besándola en la frente.

A Minerva se le escaparon las lágrimas en el coche al ver como Lexa se alejaba.

<<Otra vez>>

Otra vez estaba rota de dolor, hacía días que se planteaba dejar a un lado su regla de oro y lanzarse de pleno a una vida en la que Lexa pudiera formar parte, pero ni aun así era fácil. No le había mentido, el trabajo la tenía absorbida todo el tiempo.

El autógrafo

Esa tarde tenía la presentación en Toledo y como siempre tras finalizar se sentaba un rato a firmar libros. Llevaba ya media hora escribiendo dedicatorias cuando al alzar la vista para saludar al siguiente la vio. Lexa era la siguiente en la cola, estaba allí parada con las manos en los bolsillos, se había cambiado de ropa con respecto a la hora de la comida, llevaba unos vaqueros rotos y una sudadera con capucha y cremallera. Era lo más sexy que Minerva había visto jamás, no podía evitar mirar su cola, de la que colgaban más mechones que unas horas antes. Hubiera matado porque en aquel momento se encontraran a solas, todo su cuerpo ardió al verla y sus bragas se humedecieron cuando la vio sonreír y acercarse con media sonrisa.

—Me he dejado el libro y no pienso comprarme otro, que lo sepas—dijo inclinándose provocativamente sobre la mesa.

Minerva se mordió los labios y suspiró.

—Sería muy injusto que ya que has venido hasta aquí te vayas sin nada ¿no?
—dijo la profesora con una mirada profunda y sexy.

—Eso creo yo...

Minerva se levantó para abrazarla, como hacía con muchos cuando se lo pedían.

—Ve al baño de arriba y espérame, tardo dos minutos en escaquearme un momento—le susurró aprovechando el abrazo.

—¿Solo un momento? ¿Eso vale la hora de coche que me he pegado?

—Es lo que tengo, pero te gustará, te lo prometo.

Lexa obedeció y subió a la segunda planta, estaba vacía y probablemente era el motivo por el que su profesora le dijo que esperara allí. Entró en los baños y apoyó la espalda contra la pared para esperar. No podía dejar de preguntarse qué era eso que Minerva decía que le iba a gustar, ¿tal vez por fin le daría ese beso que tanto ansiaba? Sus bragas se humedecieron solo con pensarlo.

Entonces Minerva entró, tenía la cara iluminada, estaba radiante y llevaba un rotulador permanente en la mano.

—No te muevas—dijo separándole ligeramente la cintura de la pared y dejándola apoyada solo con los hombros.

Su alumna se quedó quieta como una estatua en esa posición, casi sin respirar. Minerva empezó a bajarle la cremallera de la sudadera hasta dejarla totalmente abierta. Lexa sentía que iba a vomitar su propio corazón. Entonces la profesora se remangó un poco la falda ajustada que llevaba para poder agacharse cómodamente. Coló su dedo pulgar por debajo de la camiseta de Lexa y empezó a subirla suavemente dejando que su mano le rozara la piel, haciendo que se contrajera con pequeños espasmos conforme ella avanzaba. La levantó hasta dejar todo su abdomen al descubierto. Un abdomen tan excitado que temblaba al compás de la respiración de su dueña.

Minerva cogió el rotulador y empezó a escribir como Moises en las tablas. Lo hizo muy despacio, saboreando cada jadeo de Lexa. La alumna no miraba, había clavado la vista en el techo, más que nada porque aunque quisiera mirar tampoco vería, los ojos le daban vueltas, pero dedujo que estaba escribiendo bastante, sentía como la punta de aquel rotulador se movía libremente por todo su abdomen. No quería que acabara nunca, deseaba que escribiera por cada rincón de su cuerpo.

Cuando terminó dejó el rotulador en el suelo pero no se levantó, empezó a soplar sobre su obra, aguantaba la camiseta subida con un mano y deslizaba el dedo índice de la otra por la cinturilla del pantalón de Lexa que empezó a tener ligeros espasmos musculares por todo su cuerpo, entonces Minerva besó su vientre, un beso tierno por debajo del ombligo, otro beso cálido por encima y otro más húmedo un poco más arriba, justo por debajo de sus pechos, entonces Lexa no pudo más y colocó sus manos por debajo de la barbilla de Minerva para obligarla a subir y levantarse.

Lo hizo sin oponer resistencia, temblando del mismo modo en el que lo hacía su alumna, colocó dos dedos sobre los labios de Lexa, los acarició hasta dejarle la boca entreabierta y entonces cogió su cara entre las manos y la besó, le dio un beso lánguido, suave y cálido. Se separó para coger aire y volvió a besarla de forma más efusiva, mordió sus labios con suavidad, los absorbió y después hizo lo mismo con su lengua, sus besos sonaban mezclados con sus intentos por respirar y sus gemidos. No utilizaron las manos, las de Minerva seguían en el cuello de Lexa y las de ella estaban pegadas a la pared como dos ventosas, era como si existiese un pacto silencioso de no tocar. Sus lenguas se buscaban, se rozaban y se apretaban, entraban y salían.

—Tengo que bajar cariño, estoy tardando mucho—jadeó Minerva entre besos.

—Nooo—se quejó su alumna—di que te ha entrado un apretón y que vas estreñida—bromeó.

—Más bien un calentón y que voy faltica ¿no?—contestó riendo.

Minerva seguía sujetando la cara de Lexa.

—Tú lee lo que pone ahí—dijo clavándole el dedo índice en el abdomen sin dejar de mirarla—y me dices algo ¿vale?

Le dio un beso fugaz mientras Lexa asentía, y después otro y otro, su alumna quería más y Minerva tuvo que apartarse definitivamente.

—¿Te das cuenta de cómo me dejas?—dijo Lexa consciente de que Minerva sabría lo mojada que estaba.

—¿Y cómo crees que me voy yo?

Lexa le regaló una mirada lasciva.

—Uy espera...

Minerva se acercó y le pasó el pulgar por los labios.

—Te he manchado de carmín.

—Pues a ti ya no te queda—sonrió.

—¡Claro, te lo has comido todo!—la besó y se fue por donde había venido.

Lexa tuvo que esperar unos minutos antes de considerar que estaba capacitada para moverse y que en caso de hacerlo sus piernas respondieran. Entonces se acercó al espejo e hizo virguerías con los ojos para leer al revés lo que ponía. Un tremendo hormigueo recorrió todo su cuerpo cuando por fin pudo ordenar aquellas letras.

“Para la chica que me ha robado el corazón.

Minerva.

P.D. ¿Quieres cenar conmigo esta noche?

Espero que sí...

Este es mi número (no lo pongo para que no la llaméis)...dime algo”

Lexa estuvo un rato contemplando la obra, Minerva tenía una letra preciosa, pero grabada en su abdomen aun le gustaba más. Estaba al borde del infarto, grabó su número como pudo, sus manos temblorosas hacían que se equivocara constantemente.

<<Por fin>>

Abrió el WhatsApp y escribió un mensaje simple y directo.

“¡Quiero! Dime dónde y a qué hora...”

Guardó el móvil y se fue a casa, para cuando llegó ya tenía una respuesta.

“A las 21h en mi casa, te mando ubicación”

Respondió con el emoticono del puño con el pulgar hacia arriba.

Espaguetis con verduras

Aún faltaba una hora y media, así que se duchó tranquilamente, le hubiera gustado dejarse el garabato de Minerva tatuado en el abdomen para siempre, pero le pareció de pirada obsesiva, así que se restregó todo lo que pudo para eliminarlo, pero ya empezaba a dolerle y aquello aún se veía, así que dejó el resto para el día siguiente. Se aseguró de que todo estaba como tenía que estar, no quería crearse expectativas pero después del calentón de la tarde, Minerva la había invitado a cenar a su casa, no en un bar lleno de gente, si no en el lugar más íntimo que Minerva poseía. Se vistió con otros vaqueros, una camiseta y un jersey. Aunque la odiaba porque le molestaba se colocó una bufanda, ya estaban prácticamente en Navidad y hacia un frío tremendo.

Condujo hasta una de las zonas más pijas de la capital, aparcó y a las nueve en punto llamó al portal de su casa hecha un manojo de nervios. Minerva no tardó en abrir, todavía tenía el pelo mojado y llevaba un pantalón de chándal gris y una camiseta negra de manga corta. Aquel toque tan informal le pareció tremendamente sexy a su alumna que se quedó mirándola como un pasmarote.

—Pasa, no te quedes ahí que hace frío—dijo cogiéndola del brazo y tirando de ella hacia el interior.

Minerva cerró la puerta tras ella y Lexa sintió una bofetada de calor provocada por la calefacción, o tal vez por Minerva, no lo tenía claro. Se desesperó por quitarse la bufanda y en lugar de conseguirlo parecía que aquel trozo de tela tenía vida propia y su misión era estrangularla.

—Espeera, déjame a mí que te vas a hacer daño—dijo la profesora riendo.

Le deshizo el nudo de la bufanda suavemente y la dejó colgando del cuello de Lexa, después agarró ambos extremos y tiró de ellos para acercar a su alumna hasta sus labios. Fue un beso suave y lento donde saborearon la humedad y la calidez de sus bocas hasta que la intensidad empezó a aumentar y parecía no

tener fin.

—Espera, espera, fiero—dijo Minerva riendo de nuevo.

—¿Qué pasa?

—Nada, pero tengo la cena medio hacer y me gustaría poder acabarla.

—¿Estás cocinando?—preguntó sorprendida.

—¿Crees que no sé o qué?—respondió dirigiéndose a la cocina mientras Lexa la seguía quitándose el jersey.

—¡Qué calor! ¿Ha cuanto has puesto la calefacción?

—Sí, perdona, ya la bajo, es que cuando he llegado la casa estaba helada.

Entraron en la cocina y el olor hizo que a Lexa le entrara hambre de golpe.

—Que bien huele...

—Gracias.

—Pensé que pediríamos algo, como vas tan de culo y eso...

—Es la primera vez que vienes a casa, que menos que esforzarme un poco y preparar lo único que se me da bien—le guiño un ojo.

Lexa sonrió, la cocina no estaba entre sus aficiones, de hecho probablemente era la última de ellas y a veces era incapaz incluso de descubrir a que ingredientes pertenecían los olores.

—¿Qué es?

—Espaguetis con verduras, ¿te gustan no?—se preocupó.

—Sí, sí, y más si lo haces tú. ¿Te ayudo?

—No, tú siéntate ahí y aprende, que tienes menos pinta de cocinar...

Lexa sonrió de nuevo y se sentó sobre el trozo de encimera que le indicó

Minerva.

—¿Qué quieres para beber? Hay Coca Cola, cerveza, vino y agua.

—Agua, estoy seca.

—Sí yo también. Bueno, cuéntame algo ¿no?—dijo entregándole un vaso de agua.

—¿Algo en concreto o te vale cualquier cosa? Porque puedo empezar a berrear gilipolleces...

Minerva se rio y le lanzó el trapo de cocina a modo de reprimenda por decir un taco.

—¿Por qué no empiezas por contarme que hace una catalana como tú por la capital?

—Pff, no sé, estaba un poco agobiada y me apetecía un cambio, no me lo pensé mucho la verdad, Madrid me pareció una buena idea y aquí estoy.

—Eso suena más a huida que a otra cosa—contestó Minerva que la escuchaba atentamente.

—Bueno, digamos que no había nada allí que me retuviera...

—¿Y tú familia?

—Mi familia no está muy de acuerdo con mi estilo de vida, así que no hablamos mucho.

—¿No te aceptan?—dijo preocupada.

—No es que no me acepten, pero desde que lo saben no me miran igual Minerva, lo noto y me da rabia, siempre que voy se hacen silencios incómodos, sobre todo cuando salen ciertos temas. Me agobio mucho cuando estoy con ellos así que supongo que una parte del motivo por el que me fui podría ser que la distancia me sirviera de excusa para no ir, no sé—dijo encogiéndose de hombros.

—Lo siento mucho Lexa—le colocó uno de sus mechones por detrás de la

oreja y la besó con dulzura— aunque no puedo decir que no me alegre de que hayas venido aquí.

—Ni yo tampoco—contestó con un guiño de ojo.

—La cena ya está, ayúdame a poner la mesa.

Cenaron tranquilamente, sin parar de hablar de cualquier cosa, de reír, de mirarse, de desearse...

—Estaba muy bueno Minerva.

—¿Segura? Creo que otras veces me ha salido mejor—dijo mientras se sentaba en el sofá.

—Segura. ¿Eso de ahí es un examen? ¿Nos vas a meter otro?—dijo abalanzándose hacia la mesita donde Minerva tenía varias hojas con el mismo formato que los exámenes.

—¡Ni se te ocurra mirar!—dijo aplacándola para impedirselo.

Mantuvieron una batalla de risas y forcejeos hasta que sin saber muy bien cómo, Lexa acabó tumbada bajo el cuerpo de Minerva que le sujetaba ambas manos por encima de la cabeza. Sus miradas se clavaron, sus respiraciones empezaron a ser cada vez más rápidas y el deseo se propagó por sus cuerpos como una mecha.

Lexa levantó la cabeza para besar a Minerva, pero esta se retiró lo suficiente para que no pudiera alcanzarla, dejando sus labios a escasos milímetros de los de ella. Cuando Lexa se dejó caer de nuevo en el sofá Minerva le devolvió la distancia que le había robado para provocarla, la escena se volvió a repetir de nuevo, Lexa intentaba alcanzar sus carnosos labios y Minerva se volvía a retirar disfrutando del control que le daba tener sujeta a su alumna, entonces Lexa se retorció en un intento desesperado de soltarse pero Minerva lo aplacó besándola por fin, absorbiendo con fuerza sus labios, primero el de arriba y después el de abajo, sus lenguas se entrelazaron provocándoles calambrazos de placer.

Minerva le soltó las manos y con un arte magistral se colocó a horcajadas sobre ella y le quitó la camiseta. Acto seguido se la quitó ella, Minerva no llevaba sujetador por lo que Lexa se encontró ante sí con unos pechos duros, unos pezones erectos y una respiración que le pedía que los tocara.

—¿Voy muy rápida?—preguntó Minerva con la respiración entrecortada.

—No—jadeo su alumna.

Lexa acarició sus dos pechos a la vez, colocó las palmas de sus manos por debajo mientras acariciaba los pezones con los pulgares. Apretó sus pechos suavemente y Minerva gimió de placer, se los besó, los lamió, primero uno y luego el otro, mordió sus pezones delicadamente mientras acariciaba su espalda desnuda con la punta de los dedos, bajó hasta sus glúteos, los agarró, los magreó y los apretó obligando a su profesora a cabalgar sobre su sexo tremendamente húmedo. Minerva se inclinó para besarla sin dejar de frotarse contra ella. Las dos gemían entre besos, se encontraban muy cerca del orgasmo. Lexa apartó su boca para poder coger aire y Minerva empezó a acelerar el ritmo ayudada en todo momento por su alumna que mantenía las manos en sus glúteos a la vez que ella empujaba también desde abajo, sus movimientos se acompañaron en uno solo, sus gemidos casi coincidían hasta que estallaron en un intenso orgasmo que tomó el control de sus movimientos, del sudor de sus cuerpos y de toda su existencia haciendo que se doblaran de placer.

Cuando acabaron Minerva se dejó caer hacia un lado, colocándose entre Lexa y el respaldo del sofá, se quedaron así un rato, recuperando poco a poco la respiración y dejando que sus latidos volvieran a una frecuencia que no estuviera rozando el infarto.

—Ha sido una pasada—se rio Lexa mirando hacia el techo.

—Pues aún no he terminado contigo—contestó girándose hacia ella con una sonrisa.

Lexa pensaba que ya no podía tener más fluidos vaginales que mojaran su entrepierna pero se equivocó, su corazón latió en su sexo al escuchar esas palabras.

—No te muevas, bueno sí, un poquito o no podré desabrocharte el sujetador—dijo Minerva riendo.

Lexa obedeció y en pocos segundos ambas estaban completamente desnudas. El corazón le iba a mil por hora mientras Minerva la miraba. Clavó sus dedos en el inicio de su garganta y empezó a descender lentamente por todo su torso desnudo, pasando entre medio de sus pechos, cruzando su abdomen, en el que se detuvo un momento para sonreír mientras contemplaba los restos de tinta de su obra. Después continuó su marcha pasando por encima del ombligo hasta acabar en el inicio de su vello púbico. Lo hacía muy despacio, de arriba hacia abajo y de abajo hacia arriba, excitándose tanto como Lexa por el simple hecho de tener el control. Quedó claro que en el sexo a Minerva le gustaba ser Alpha y Lexa estaba encantada de ser Beta. Minerva pasó por encima de Lexa y se colocó al otro lado para poder utilizar su mano derecha ya que era diestra. Inició su recorrido una vez más de arriba hacia abajo, pero esta vez no se detuvo al llegar al vello, cubrió con la mano todo su sexo arrancándole un gemido de placer a Lexa que se movió instintivamente buscando la presión de su mano.

--Shh. Abre—dijo Minerva invitándola a separar más las piernas. De nuevo Lexa obedeció y Minerva salió de su sexo para acariciar el interior de sus muslos mientras recorría sus pezones erectos con la lengua. Acto seguido subió y la besó intensamente mientras frotaba su propio sexo contra el muslo de Lexa, que endureció y tensó el músculo para aumentarle el placer. Estaban compenetradas, eran una, se leían y hablaban el mismo idioma. Las caricias de Minerva se expandieron por todo el cuerpo de Lexa hasta que se convirtieron en besos, casi a punto del orgasmo dejó de frotarse contra su muslo y empezó a besar el abdomen de su chica bajando en picado hacia su entrepierna, abrió la boca y mordió su sexo ligeramente dejando que Lexa tan solo percibiera el contacto de sus dientes y arrancándole un nuevo gemido más intenso que la hizo temblar.

Le levantó las rodillas, se las colocó por encima de los hombros y se puso de rodillas dejando el cuerpo desnudo de Lexa suspendido en el aire, de manera que solo sus hombros y cabeza seguían en el sofá. Se ayudó con los dedos y empezó a lamer vorazmente entre sus labios, arrastrando la lengua hasta la entrada de su vagina mientras Lexa gemía descontroladamente agarrándose con fuerza a la funda del sofá. Hizo círculos con la lengua alrededor de su vagina, se separó y sopló su cálido aliento en la entrepierna de una Lexa que estaba a punto de ceder. Entró de nuevo y fue directa a por su clítoris, lo rozó con la punta de la lengua para después absorberlo entre sus labios una y otra vez hasta que Lexa, que ya tenía pequeños espasmos musculares por todo el cuerpo, le hizo un gesto con la mano indicándole que la soltara, la dejó caer con cuidado y continuó con la mano, hizo círculos rápidos e intensos sobre su clítoris y de nuevo Lexa se

sumió en un placentero y largo orgasmo que de forma automática provocó otro en Minerva.

—Creo que me estoy muriendo—jadeó Lexa pensando que no se iba a recuperar nunca de ese orgasmo.

—Pobre de ti—se rio Minerva antes de que las dos se quedaran profundamente dormidas.

Bragas mojadas

El sonido de una alarma que sonaba lejana las despertó.

—Para eso—suplicó Lexa incapaz de abrir los ojos.

—Lo haría encantada si supiera donde está—se rio Minerva.

La luz de la calle se colaba levemente por la ventana del comedor permitiéndoles un poco de visibilidad. Minerva estiró el brazo y empezó a palpar encima de la mesita hasta dar con el móvil y apagarlo.

—Ya está.

—¿Cómo puedes despertarte de buen humor cuando lo primero que escuchas por la mañana es esa mierda de melodía?

Minerva empezó a levantarse, deteniéndose un instante para besar la espalda de Lexa que se encontraba boca abajo.

—Buenos días para ti también—le dijo dándole una palmada en el culo y poniéndose en pie.

—Buenos días—saludó perezosa—¿Qué hora es?

—Las seis menos cuarto.

—¿Es broma no? ¡Las clases no empiezan hasta las ocho Minerva!—se quejó.

—Duerme un poco más, te despertaré cuando salga de la ducha.

—Ahora ya no puedo dormir—afirmó.

—¿Por qué no?

—Porque estás delante de mí, ¡desnuda!—dijo agarrándola de la mano y tirando hacia ella.

—Eres una mala influencia—contestó la profesora sin oponer resistencia.

Minerva fue la primera en irse para que le diera tiempo de preparar la clase, mientras que Lexa se lo tomó con más calma.

Se encontraron en el pasillo un par de veces antes de su clase conjunta pero solo pudieron hablar unos minutos.

—Oye, ¿lo de ayer necesitas que lo hablemos?—preguntó Minerva dejando a Lexa muy descolocada, tanto que se enfadó.

—Si tú no necesitas que lo hablemos es que no hay nada que hablar—dijo con el ceño fruncido.

—¿Qué? ¿Qué dices cariño?—dijo en voz muy baja—no me refiero a eso, lo que digo es que no es buena idea que nos vean juntas por aquí...

—Ah vale, perdona. Tranquila, me portaré bien—dijo con los ojos en blanco mientras pensaba en lo bien que sonaba la palabra “cariño” por segunda vez en los labios de Minerva.

—Estás un poquito susceptible hoy ¿no?—preguntó sonriendo--¿estás bien?

—No—contestó malhumorada.

—¿No? ¿Por qué?—se preocupó Minerva.

—Porque cada vez que me acuerdo de lo que me hiciste anoche noto como que me tengo que cambiar de bragas y eso...

Minerva se mordió los labios sonriente.

—¿Porque te piensas que yo no me he puesto bragas hoy?—soltó como si nada y echó a andar.

Lexa la siguió observando la falda ajustada de su profesora, preguntándose si era cierto lo que acababa de decir.

—Espera, para. ¿De verdad no llevas bragas?—susurró divertida.

—De verdad.

—¿Nunca?—la noche anterior se desnudaron tan rápido que le era imposible recordar si Minerva las llevaba, tan solo estaba segura de que no llevaba el sujetador.

—No, solo cuando llevo falda y estoy como ahora, odio la sensación de bragas mojadas cuando se me pasa el calentón, así es más fácil, voy, me paso una toallita y listo. Ahora vete a clase—dijo con una sonrisa.

—¿Vas a pasarte una toallita ahora?

—¡Largo!—contestó riendo.

—Vaaale, ¿te veré luego?

—¿Vas a venir a que te firme otra vez?—se burló.

—No puedo, tengo trabajo acumulado.

—Bueno, entonces vente a mi casa a la misma hora que ayer y cenamos—dijo guiñándole un ojo.

Lexa llegó puntual como el día anterior, pidieron una pizza y se sentaron en el sofá a cenar.

—Oye, en cuanto a la universidad...—quiso decir Minerva.

—Sí, tranquila, no te rozaré.

—Tampoco es eso, pero si nadie se entera mejor Lexa, ahorma mismo solo puede traernos problemas a las dos.

—Que siiii, tranquila. ¿A qué hora te vas mañana?

—En cuanto de mi última clase, ya lo tengo todo listo.

—Entonces mañana ya no te veré...

—Lexa escucha, ya has visto mi agenda y tú también tienes tu trabajo...

—¿Y qué me quieres decir con eso?

—¿Quieres parar de interrumpirme y dejarme hablar?

—Perdón.

—Lo que te quiero decir es que a lo mejor esto no es como tú te imaginas, no nos vamos a ver todo lo que deberíamos, no será nada fácil Lexa.

—Sobreviviremos.

—Ya, bueno, solo quiero que tengas claro donde te metes ¿vale?—dijo besándole el hombro.

—Tranquila, prefiero tener un poco que no tener nada. Va, te ayudo a recoger esto y me voy—dijo la alumna.

—¿Te vas?—se sorprendió Minerva mientras llevaban los restos a la cocina.

—Sí, quiero que descanses, ayer mira a que hora terminamos—dijo riendo— casi no hemos pegado ojo y tienes ojeras Minerva, y por lo que dices mañana tampoco vas a descansar nada. Me voy y ya nos veremos el fin de semana—dijo acercándose a la puerta.

Minerva la siguió y la retuvo abrazándola desde atrás.

—Me encanta que te preocupes por mí—le susurró—pero estoy bien, y si te vas no podré dormir—dijo agarrándole los pechos con ambas manos y besándole el cuello.

Minerva la empujó despacio contra la puerta, la hizo girar sobre su propio eje hasta que Lexa quedó con la espalda pegada a la puerta y Minerva de frente.

—¿Estás segura de que quieres irte?—preguntó colocándole uno de los mechones por detrás de la oreja sin dejar de mirarla.

Lexa le devolvió la mirada llena de deseo, se abalanzó sin hablar para besarla pero Minerva colocó la mano por debajo de su cuello y la detuvo.

—Quiero que me contestes, ¿de verdad quieres irte?—dijo mientras acariciaba el interior de sus muslos.

—No, no quiero—contestó con la voz ahogada.

—Ya me parecía a mí—sonrió.

Lexa se abalanzó de nuevo en busca de sus labios sin encontrar resistencia. Fue un beso efusivo, salvaje y lleno de deseo. Mientras Minerva tenía a Lexa agarrada con las dos manos por el cuello, Lexa había colocado las suyas en sus glúteos, atrayéndola con fuerza contra su cuerpo, deseosa de sentirla. Un intenso hormigueo recorrió sus cuerpos cuando sus sexos se encontraron, gimieron y temblaron mientras comenzaban a galopar con suavidad la una contra la otra, con movimientos perfectamente acompasados y sin dejar de besarse, dejando que sus cálidas lenguas se pelearan.

Minerva se separó un instante.

—Quítate la ropa, corre—jadeo sonriente mientras ella hacía lo mismo.

Se desnudaron de cintura para abajo y esta vez Minerva colocó una de sus piernas entre las de Lexa, de modo que la pierna de su alumna quedó también entre las suyas. Empezaron a frotar sus sexos contra sus muslos, la espalda le Lexa seguía contra la puerta y los movimientos cada vez más rápidos hacían que impactara una y otra vez provocando un temblor en la puerta como si alguien la golpeará cada vez más rápido. Se besaban, gemían y respiraban como podían.

—Me duele el brazo—jadeó Minerva señalando el brazo que tenía apoyado en la puerta para no dejar su peso encima de Lexa.

—Cuélgate de mí cuello—le susurró cogiendo su mano y colocándola en su nuca.

—No, es demasiado peso.

—Joder Mine, cógete que estoy bien—dijo obligándola a colocar las dos manos en su nuca—estoy a tope—sonrió jadeante.

La profesora le hizo caso y siguieron donde lo habían dejado, ahora Minerva estaba más cómoda y tenía mejor apoyo, ya que sus codos reposaban sobre el pecho de Lexa, así que empezó a empujar cada vez más fuerte, respiraban con tanta dificultad que ya no podían besarse, sus cuerpos ardían de placer, brillaban por el sudor, sus corazones latían tan fuerte que notaban los zumbidos en los oídos. Los primeros espasmos anunciaban que llegaba el momento de dejarse ir, sus músculos se tensaron, sus cuerpos temblaron y sus intensos gemidos de placer salían de sus bocas temblorosas.

Al acabar Lexa se escurrió por la puerta hasta sentarse en el suelo mientras que Minerva se sentaba a horcajadas sobre ella sin dejar de mirarla.

—¿Qué?—sonrió la alumna.

—Que me encanta como te tiembla la boca cuando te corres—contestó avergonzada.

Las dos estallaron en risas.

—Suerte que no vives en un edificio de apartamentos, sino los vecinos hubiesen llamado a la poli pensando que te estaba matando—dijo Lexa haciendo referencia a los golpes en la puerta.

—¿Te imaginas? Que vergüenza...—rio de nuevo Minerva—¿te has hecho daño?—dijo alzando la cabeza para mirar la espalda de Lexa.

—Que va, estoy bien.

—Pues tienes la espalda como un tomate—se quejó Minerva abrazándola.

—Estoy bieeen. Vamos a dormir anda, que estas que no te aguantas.

—Mine...—dijo Minerva.

—¿Qué?

—Me has llamado Mine...

—Ah, sí—se rio—pero no ha sido premeditado te lo prometo, Minerva en ese momento era demasiado largo para el poco aire que era capaz de coger.

Las dos estallaron en risas de nuevo.

—Pues me ha encantado que me llamaras así—afirmó besándola fugazmente.

—Lo tendré en cuenta.

Trabajo y más trabajo

Pasaron tres meses desde ese día y tal y como Minerva advirtió, prácticamente no se veían, el máximo tiempo que habían podido pasar juntas fueron tres días en Navidad en los que la alquilaron una cabaña rural para desconectar de todo lo demás. A parte de eso, algunas noches en las que tenían que escoger entre el sexo o conversar un poco debido a la falta de tiempo y algún fin de semana, todo lo demás era trabajo y agotamiento.

A Minerva su editorial le había dado más promoción, con lo que además de aumentar las ventas aumentaron también sus compromisos. Lexa podía ver el agotamiento de Minerva, había perdido peso, comía mal y sus días de mal humor empezaban a ser más frecuentes aunque casi nunca lo descargaba contra ella. Aun así Lexa no se quejaba, su relación aunque consistiera más bien en momentos esporádicos, era estable y el sexo era impresionante aunque no tuvieran todo el que deseaban.

Lo que peor llevaban era la universidad, ese era el lugar en el que más se veían y el único en el que ni siquiera podían abrazarse. Pero tras otra conversación al respecto, las dos estuvieron de acuerdo en que eso era lo mejor para ambas. Minerva podía jugarse el puesto y la reputación, y Lexa podía convertirse en objetivo de sus compañeros y otros profesores y ahora que el curso estaba casi terminando y conocía a todos sus compañeros de clase, no quería tener problemas. Además, pese a que no había conseguido corregir la fea costumbre de no quedarse empanada en clase, sacaba muy buenas notas.

—No lo entiendo—dijo Minerva mientras comían en un restaurante aprovechando que coincidían un par de horas.

—¿El qué?

—Tus notas, no sé qué haces en clase de los demás, pero en las mías no prestas atención y aun así sacas unas notas muy buenas.

—Porque estudio en casa—hizo un gesto señalando la obviedad.

—Eso no es cierto y lo sabes, hace una eternidad que no te veo abrir un libro.

—Eso es porque casi no nos vemos.

—Que mal mientes cariño, si últimamente cada vez que te llamo estás liada con esa web nueva que estás haciendo.

—Uff no me hables, me tiene loca ese capullo, ahora no solo quiere una web específica por cada franquicia sino que quiere que se las traduzca todas en cuatro idiomas, ¿tú sabes lo que es eso Mine?—dijo golpeándose la frente contra la mesa.

Minerva empezó a reírse y acabó contagiando a Lexa que hacía tiempo que no veía sonreír a su profesora.

—Vaya dos—dijo Minerva aun con una sonrisa.

Después suspiró y adoptó una mirada triste.

—¿Qué te pasa?

—Pfff—arqueó las cejas—pues que con tanto trabajo nos estamos perdiendo un montón de cosas, ya no sé si lo que hacemos es lo correcto o no.

—¿Quieres dejarme?

—¡Por Dios! Noo, a ti no cariño, pero empiezo a plantearme dejar de dar clases, no sé—dijo recostándose en la silla.

—¿Qué dices? A ti te encanta enseñar Mine, y ya solo faltan dos meses para acabar el curso.

—Dos meses para que tú acabes Lexa, yo aún tendré trabajo casi otro mes entero.

—Sí, pero entonces yo tendré más tiempo libre y te podré ayudar, y también podré acompañarte a todos los eventos, será diferente.

—Dios, que bien suena eso—suspiró agotada—¿me acompañarás a todos?

—Por supuesto, y en agosto nos vamos todo el mes lo más lejos posible de aquí.

Reconciliación

Al día siguiente mientras Lexa desayunaba en la cafetería con dos compañeras oyó como alguien la saludaba desde atrás, se asustó, pero reconoció la voz de inmediato.

—Hola Lexa—dijo Leire con una sonrisa en los labios.

—Hola—contestó confundida.

—¿Podemos hablar?—preguntó.

—¿Ahora?

—Tranquila Lexa, nosotras ya nos vamos, nos vemos mañana.

Las dos chicas se fueron y Leire se sentó en frente de Lexa que no dejaba de mirarla extrañada.

—Quería disculparme contigo—arrancó Leire—me molestó mucho que me rechazaras...como si estuvieses obligada a quererme—dijo avergonzada.

—Da igual, no te preocupes, necesitabas pasar página a tu manera, yo no voy a juzgarlo, tal vez yo hubiese hecho lo mismo...

—No es excusa Lexa, te aparté de mí cuando era obvio que tú también lo estabas pasando mal...

—¿Yo?

—Dijiste que estabas colada por una chica que no te hacía caso ¿recuerdas? ¿O fue una excusa para librarte de mí?—bromeó.

—No, no, era cierto. Perdona, es que me pillas un poco descolocada.

¿Entiendo entonces que ya no estás enfadada conmigo?

—Para nada, y espero que me perdones por lo que hice.

—Ya te he dicho que no pasa nada. Te veo muy contenta, ¿has conocido a alguien?

—Síii—contestó como una quinceañera.

—Me alegro. ¿La conozco, o lo conozco?—dijo sin saber muy bien el género.

—La. Y no, aunque ya te la presentaré, es una alumna de tercero. Ya llevamos saliendo algo más de un mes y la verdad es que no entiendo porque no me había liado antes con una mujer—dijo riendo.

—¿Buen sexo?—le guiñó un ojo Lexa.

—Ya te digo—sonrió tímida—bueno ¿y tú qué? ¿Hay alguien? ¿Has conseguido que aquella chica te hiciera caso?—preguntó.

Lexa se quedó con la boca abierta sin saber que contestar, hasta el momento no había tenido que responderle esa pregunta a nadie, ni siquiera se había planteado tener que hacerlo y no supo que decir.

—¿Quieres un consejo Lexa?

—Dime.

—Olvídate de la gente y de lo que puedan pensar o decir, lo digo en serio, tenéis derecho a vivir vuestro amor sin tener que esconderos.

La cara de Lexa se transformó en el emoticono de ojos muy abiertos.

—¿De qué hablas?—intentó disimular.

—No te preocupes, disimuláis muy bien “para el resto” que no os presta atención, pero cuando me rechazaste yo sí que te observaba en la distancia Lexa, quería saber quién era ella y entonces vi como la mirabas y como te miraba ella a ti.

—Leire no...

—Tranqui, no se lo diré a nadie, lo juro. ¿Os va bien?

—Pues dejando a un lado el hecho de que casi no nos vemos sí, aunque últimamente me tiene preocupada, está un poco rara y nerviosa, no sé...

—No te preocupes, seguro que es solo un poco de estrés, por lo visto tiene mucho curro con lo del libro ¿no?

—Sí, la pobre no para entre una cosa y otra.

—Ten paciencia, cuando lleguen las vacaciones podréis relajaros. Me alegro mucho de lo vuestro de verdad.

—Gracias.

Desde ese momento Leire volvió a ocupar su antiguo asiento al lado de Lexa, como al principio.

Pillada al canto

—Hola cariño—susurró Minerva al pasar por su lado en el pasillo.

—Holaa, pensaba que iba a tener que pedir una hora de tutoría para verte—bromeó acelerando el paso para poder seguir a su profesora.

—Pues no es tan mala idea...

—Tienes mala cara Mine, ¿estás bien?

—Sí, solo estoy un poco nerviosa no te preocupes—dijo apretándole un brazo con la mano—he visto que tú y Leire volvéis a hablaros ¿Todo bien?—preguntó disminuyendo la velocidad.

—Sí, se ha echado una novia y está encantada, así que bien. Pero hay una cosilla Mine...

—¿Qué cosilla?—preguntó empuñando los ojos.

Lexa la apartó hacia un lado y bajo la voz.

—Sabe lo nuestro.

—¿Se lo has contado?—dijo con los ojos como platos.

—Que va, lo dedujo ella. Dice que cuando la rechacé empezó a observarme y vio como nos mirábamos. Yo que sé Mine, cosas de tías supongo, pero no te preocupes, ha dicho que no dirá nada si le apruebas las dos asignaturas con sobresaliente.

—¡¿Qué?!—contestó indignada mientras a Lexa se le escapaba la risa—no me hace gracia—dijo golpeándole el brazo.

—¡Eso es porque no te has visto la cara!

—¿Estás graciosa hoy no?—dijo contagiándose de su risa.

—Solo un poco. Bueno, que no te preocupes, que no se lo contará a nadie ¿vale?—dijo cuando vio que todos sus compañeros entraban en clase.

—Ven.

Minerva la cogió por el brazo y tiró de ella mientras miraba en todas direcciones para asegurarse de que nadie las veía.

—¿A dónde vamos? Tengo clase...—preguntó extrañada.

—A echar un polvo, aunque si prefieres irte a clase...

Aquellas palabras hicieron que a Lexa le latiera el corazón directamente entre las piernas. Entraron en los baños, se aseguraron de que todos estaban vacíos y se encerraron en uno. Minerva empezó a besar a su chica efusivamente, casi descontrolada, y eso hizo que a Lexa le saltaran todas las alarmas.

—Espera, espera. ¡Para Mine!—le susurró.

Minerva se separó, estaba acelerada, agitada y nerviosa a la vez, algo que no era propio de ella, no en esas condiciones.

—¿No quieres?—preguntó.

—Claro que quiero, pero primero quiero saber qué te pasa.

—¿No es evidente? Tengo un calentón y me apetece hacer el amor con mi chica ¿tan malo es?

—No. Eso es muy bonito Mine, pero a ti te pasa algo, cuéntamelo joder...

Minerva empezó a removerse en el poco espacio que tenían, parecía que quería arrancar a hablar pero las palabras se encallaban en su garganta.

—Es que no lo sé cariño—arrancó por fin con cierta desesperación—no sé qué me pasa pero llevo unos días muy nerviosa y no sé muy bien el motivo, y eso hace que me ponga más nerviosa todavía. Es como una especie de bucle

tormentoso y ahora tengo la sensación de que se me va a parar el corazón en cualquier momento.

—¿Por qué no te pides el día libre? Di que te encuentras mal y te llevo a casa, o al médico—sugirió preocupada.

—Que no cariño, solo son nervios, en un rato se me pasa, aunque lo del calentón iba en serio...dijo poniéndole ojitos.

—¿Segura? Puede que sean los nervios y te estés confundiendo...

En un acto reflejo la profesora se desabrochó los pantalones, cogió la mano de Lexa y la introdujo por debajo de sus bragas.

—¿A ti te parece que estoy confundida?—jadeó al notar como los dedos de Lexa se movían entre sus piernas.

—¡Joder Mine—dijo riendo—menudo charco!

—Ya te lo he dicho.

—Vale—Lexa se quitó la sudadera y se la dio a Minerva—Toma, muérdela o haz lo que quieras pero no grites ¿vale?

—¿Qué vas a hacer?—preguntó mientras su chica le bajaba los pantalones y las bragas.

—¿Tú que crees? Resolver este problema, además creo que un orgasmo te ayudará a relajarte un poco. Tú estate quieta, hoy mando yo.

—Vale—sonrió con deseo.

Empezaron a besarse mientras Lexa acariciaba suavemente todo su sexo, lo recorría con todos sus dedos, moviéndolos como si tocara las teclas de un piano y parecía que a la profesora le gustaba mucho. Siguió tocando el piano y añadiendo notas a su canción. Se deslizaba hasta la entrada de su vagina, la bordeaba, la apretaba e introducía levemente la punta de los dedos, salía, volvía a tocar las teclas en dirección ascendente mientras Minerva temblaba, se detuvo en su clítoris, colocaba las yemas de los dedos encima, lo apretaba y hacía círculos.

Minerva ya no jadeaba, gemía a través de la sudadera que aunque disminuía la intensidad de sus gritos, no lograba acallarlos. Lexa estaba segura de que si entraba alguien en aquel momento la oirían, pero le daba igual, su chica estaba doblándose de placer y eso era lo único que importaba en ese momento. Un movimiento de caderas de la profesora le indicó que debía acelerar el ritmo, así que se centró en su clítoris y Minerva empezó a cabalgar contra su mano. Durante el orgasmo no pudo evitar soltar la sudadera, Lexa estuvo rápida y con su mano libre la cogió por detrás de la cabeza para hundirle la cara contra su cuello.

Empezó a notar su cálido aliento contra la piel, estaba ardiendo, sus labios húmedos la rozaban mientras se corría en su mano y Lexa empezó a sentir intensos espasmos en su sexo, eran tan fuertes y placenteros que sintió que se iba a correr sin mayor esfuerzo que el de ver disfrutar a su novia. Y así pasó, Minerva llegó al clímax y en un intento de no gritar apretó sus manos con fuerza en el cuello de Lexa, fue consciente de cómo le desgarraba la piel pero su chica apenas se quejó, estaba en pleno orgasmo frotándose contra su muslo. Lexa no gritó al llegar al punto álgido, tenía esa habilidad, podía gemir por lo bajo si era necesario, pero eso se trasladaba a que su cuerpo temblara descontroladamente, sobre todo sus labios. Minerva le sujetó la cabeza entre sus manos para contemplar la mirada perdida y los labios temblorosos de su chica. Se dieron intensos besos mientras intentaban respirar hasta que terminaron abrazadas esperando a que sus cuerpos se recuperasen.

—Me ha encantado—le susurró Minerva.

—Y a mí—dijo agotada.

Minerva se vistió rápido y salieron del baño para adecentarse frente al espejo.

—Suerte que no ha entrado nadie—se rio Lexa.

—En ese momento te aseguro que me daba igual—contestó Minerva entre risas.

—¿Estás mejor?

—¡Estoy muuuy bien!

—Ya me has entendido Mine, ¿estás más tranquila?

—Que sí cariño, estoy más relajada de verdad—insistió.

Minerva mintió, sí que había saciado su tensión sexual, pero aquella sensación de nerviosismo seguía recorriendo su cuerpo y su mente. No quería que Lexa se preocupara más, así que se lo ocultó.

—Vale, porque eso que te pasa no me mola nada, tendrías que ir al médico a que te den un relajante unos días, o lo que sea.

—No te preocupes de verdad. Déjame ver ese cuello anda.

Lexa se giró y agachó la cabeza mientras Minerva apartaba el pelo para poder ver.

—Mierda cariño, menudos arañazos, perdona—le rogó.

—Tranquila, solo escuecen un poco. Además han valido la pena—dijo guiñándole un ojo.

Minerva sonrió.

—Inclínate para que pueda lavarte la herida, hay que desinfectarla con jabón.

—Te has llevado parte de mi ADN—bromeó.

—Ya te digo, te he marcado como al ganado, ahora eres de mi propiedad—dijo riendo.

—Hace tiempo que soy tuya Mine—susurró apoyada en la pica con la cabeza hacia abajo.

Minerva se inclinó para besarle la nuca y justo cuando lo estaba haciendo, la puerta del baño se abrió y entraron tres alumnas. El corazón casi se les sale por la boca a las dos, Minerva se separó de inmediato y volvió a echarle agua en la herida para disimular. Cuando las tres chicas entraron a los baños, ellas aprovecharon para salir al pasillo.

—¿Crees que nos han visto?—preguntó Lexa.

—La primera seguro—afirmó Minerva—las otras dos no lo sé, pero vamos,

que si nos ha visto una es como si nos hubieran visto las tres.

—¡Joder! ¿Y qué hacemos?

—Nada, no podemos hacer nada, así que no le des más vueltas—dijo apretándole el brazo con cariño.

—¿Y si lo cuentan?

—Que lo hagan Lexa, ya estoy harta de esconderme—confesó.

—¿En serio? Bueno yo también pero como dijiste...

—Que ya lo sé cariño, que podemos tener problemas, pero llegadas a este punto empieza a darme igual, si pasa algo ya lo resolveremos sobre la marcha no te preocupes.

Lexa entró a su siguiente clase preocupada, no porque aquellas chicas pudieran contarle, ya que si se paraba a pensarlo fríamente, a ella en realidad siempre le había importado una mierda lo que dijeran, si estaba de acuerdo en mantenerlo oculto era porque no quería causarle problemas a Minerva. Y eso era precisamente lo que la preocupaba: Minerva. No la había convencido mucho cuando le dijo que se encontraba mejor y su comportamiento pasivo ante la posibilidad de que aquellas chicas dijeran lo que habían visto no era normal, ella era la que siempre había querido ocultarlo y ahora parecía no darle importancia.

Las dos siguientes noches las pasaron juntas en casa de Minerva, y aunque le aseguró que se encontraba bien en dos ocasiones, Lexa sabía que mentía, la notaba torpe, irritable e inquieta, incluso era algo errática cuando mantenían relaciones. Cuando dormían Lexa solía decir que Minerva era como una marmota, tenía un sueño profundo y solía quedarse casi toda la noche en la misma posición, pero ahora la cosa había cambiado, se movía mucho, suspiraba de forma entrecortada como cuando has llorado mucho y se despertaba con frecuencia. Lexa hacía ver que no se enteraba para no ponerla más nerviosa, pero

ella ya tenía un diagnóstico claro, su chica tenía ansiedad. Lexa ya se había acostumbrado a levantarse demasiado temprano cuando se quedaba en casa de Minerva, pero esa mañana cuando se despertó estaba sola en la cama, apagó la alarma del móvil de Minerva y la escuchó hacer ruido en la cocina.

Cuando se acercó su chica ya tenía el desayuno preparado y tenía el pelo mojado de la ducha.

—Buenos días—dijo Lexa con los ojos medio cerrados.

—Buenos días, siéntate que ya está el desayuno—dijo besándola.

—¿A qué hora te has levantado?

—Hace un ratito—contestó la profesora.

—¿Un ratito? Ya estás duchada y has preparado el desayuno Mine, las dos sabemos que eso no lo haces tú en un ratito.

—Me he despertado pronto y decidido levantarme antes, ¿es un problema?—contestó a la defensiva.

Lexa ya se había hartado de esa situación y de que su chica hiciera ver que no pasaba nada.

—Pues sí que lo es Minerva, llevas un montón de días atacada de los nervios, estás de malhumor y a la defensiva y cuando te pregunto me dices que no te pasa nada, que estás mejor, y mírate, ahora ya ni duermes joder.

—Ese no es tú problema Lexa, se cuidarme solita, lo único que necesito es estar tranquila y no puedo si te pasas todo el puto día preguntándome lo mismo.

—Yo no me paso el día preguntándote, te estoy dejando espacio y callándome la boca cada vez que suspiras como si no hubiera aire suficiente en el planeta para llenar tus pulmones. Lo que te pasa no es tan malo, solo es ansiedad, no sé porque cojones te cuesta tanto reconocerlo, podríamos ir al médico a que te recete algo y problema resuelto.

--Como voy a ir al médico si ni siquiera yo sé lo que me pasa, ¿Qué le cuento? ¿Le digo que lo adivine? Ya estoy harta de esto Lexa, no quiero que

vuelvas a sacar más el tema ¿Me oyes?—dijo cogiendo sus llaves y el bolso— me voy a trabajar, ya nos veremos.

Lexa no contestó, se quedó un rato en silencio, después recogió la cocina, se arregló y se fue. Decidió dejarle un poco de espacio a Minerva para que no se agobiara y no la llamó en todo el día. Miraba el móvil cada cinco minutos por si era ella la que decidía llamarla, pero no lo hizo y tampoco coincidieron en clase así que ni hablaron ni se vieron. Al día siguiente tenían clase conjunta a última hora pero cuando Lexa estaba en mitad de su segunda clase recibió un mensaje de Minerva. Colocó el móvil debajo de la mesa para poder mirarlo sin que el profesor la viera y abrió el mensaje.

“¿Puedes venir a buscarme? No me encuentro muy bien”

También le había mandado una ubicación.

Ansiedad

A Lexa casi le da un infarto al leerlo, le dio a la ubicación para saber dónde estaba mientras recogía rápidamente sus cosas.

—¿Qué haces?—le preguntó Leire intrigada.

—Tengo que irme, ya hablaremos.

Según la ubicación, Minerva estaba a cinco minutos de allí, Lexa cogió su coche y se fue directa a donde le indicaba el móvil. En cuanto entró en la calle la vio en seguida, estaba sentada en un muro de medio metro, tenía las piernas estiradas, las manos apoyadas en las rodillas y la cabeza hacia abajo. Lexa se paró justo delante y se bajó corriendo. Se paró delante de ella y se agachó para verle la cara, Minerva respiraba con mucha dificultad.

—Hola Mine—dijo cariñosamente.

Minerva levantó la cabeza y le tendió los brazos para que la abrazara y cuando lo hizo empezó a llorar de forma desconsolada. Lexa la apretó fuerte contra ella y la besó en el hombro con los ojos vidriosos.

—Mine no se me dan bien estas cosas, dime que necesitas y lo haré—le susurró.

—Sácame de aquí—susurró sin dejar de llorar.

Temblaba como un flan, a Lexa le daba miedo que se levantara y se cayera.

—Tengo el coche justo ahí, cógete a mí.

Lexa cogió el bolso de Minerva, la ayudó a levantarse y la llevó hasta el coche. La ayudó a sentarse y le abrochó el cinturón de seguridad.

—¿Quieres que te recline el asiento un poco?—le preguntó.

Minerva asintió.

Lexa reclinó ligeramente el respaldo de su asiento y lo echó un poco hacia atrás para que pudiera estirar las piernas, le quitó los zapatos y los dejó detrás del asiento. Se sentó a su lado y abrió la guantera para buscar un paquete de clínex que le dejó en el regazo. Bajó las ventanas para que le diera el aire, después no le dijo nada y arrancó el coche sin saber muy bien a donde ir. Minerva se limpió las lágrimas y los mocos y después apoyó el codo en la ventana para aguantarse la cabeza, no decía nada así que Lexa se limitó a conducir.

Ante casos como ese Lexa nunca sabía que hacer ni que decir, así que se limitaba a hacer lo que le gustaría que hicieran con ella si sucediera al revés. Si fuera ella la que se encontrara como su chica en ese momento, estaba segura de que no le apetecería nada hablar, pero sí que la relajaba conducir, y como la vio cómoda en aquella posición es lo que se limitó a hacer: conducir sin decir nada.

Lexa siempre conducía con una mano en el volante y la otra en el cambio de marchas, cosa que aprovechó Minerva para cogerle la mano, no le dijo nada ni la miró, simplemente entrelazó su mano con la de Lexa. Llevaba ya casi una hora conduciendo, de vez en cuando miraba de reojo a Minerva que poco a poco se fue relajando hasta respirar de forma muy relajada, tanto que estaba segura de que si seguía un poco más se acabaría durmiendo, y así fue, cuando la volvió a mirar tenía la cabeza ladeada hacia ella y dormía plácidamente, tenía la expresión relajada y Lexa sintió un tremendo alivio al verla en ese estado. Siguió conduciendo un rato más para asegurarse de que tenía un sueño profundo y después paró el coche en la parte trasera de un área de servicio donde nadie podía molestarlas.

Sacó su móvil y vio un mensaje de Leire.

“¿Todo bien tía? Me has dejado preocupada”

“Sí, tranquila, tenía que hacer una cosa”—contestó Lexa.

“Vale, el profesor me ha preguntado por ti, le he dicho que no te encontrabas bien y que por eso has salido como un cohete”

“Perfecto, gracias”

Minerva suspiró, pero no le pareció que fuera por nervios, sino un suspiro de esos que haces cuando estás completamente relajada y profundamente dormida, así que no se preocupó, abrió un libro electrónico en su móvil y se puso a leer mientras ella dormía.

—¿Qué hora es?—preguntó Minerva sin moverse.

Lexa la miró y salió del libro para ver la hora.

—La una en punto. ¿Cómo estás?—preguntó acariciándole la mejilla.

—Agotada, estoy muy cansada cariño, pero también me siento relajada por primera vez en muchos días.

—Bueno poco a poco. ¿Te llevo a casa?

Hasta ese momento Minerva no fue muy consciente el tiempo que había pasado desde que Lexa la había recogido, se incorporó lentamente y empezó a mirar en todas direcciones desorientada.

—¿Dónde estamos?

Lexa se empezó a reír.

—Pues si te digo la verdad Mine no tengo ni idea.

Minerva también empezó a reírse.

—¿Cómo que no tienes ni idea?

—Pues eso, que no lo sé—afirmó.

—Pero conducías tú cariño, ¿no has mirado hacia dónde?—dijo sin parar de reírse.

—No, la verdad. Cuando te he visto me he asustado bastante, no sabía qué hacer y cómo me ha dado la sensación de que te relajaba ir en el coche, me he limitado a conducir. Después te has quedado dormida y como no quería que te despertaras he seguido conduciendo. Sinceramente te he ido prestando más atención a ti que a la carretera, pero vamos que ahora pongo el GPS y nos vamos

sin problema.

Minerva se quitó el cinturón, puso el asiento en su sitio y se inclinó hacia su chica, cogió su cara entre las manos y la besó lentamente, Lexa respondió a la misma velocidad, fue uno de los besos más tiernos que se habían dado nunca. Dejaron que sus lenguas hicieran su parte recorriendo sus labios con suavidad, todo era cálido, dulce y tierno. Solo paraban para reabastecerse de aire, fue un beso muy largo que les supo a gloria.

—Perdóname cariño, ayer me comporté como una imbécil, tú solo querías ayudarme y yo te culpé de mi estado.

—No hay nada que perdonar Mine, no te encontrabas bien, no eras tú la que hablaba.

—Aun así lo siento, de verdad.

—Tranquila—dijo volviendo a besarla como hasta hacia un momento.

Cuando dejaron de besarse Lexa puso el GPS, se encontraban a ciento quince kilómetros de la casa de Minerva.

—¡Por Dios cariño!—dijo riendo—¿Cómo no te has parado antes?

—Te lo he dicho, dormías tan a gusto que no quería despertarte—dijo acariciándole el muslo—Oye Mine, no quiero que te agobies ¿vale?, pero sí que me gustaría saber porque estás así, y no me digas que no lo sabes porque no es cierto. Si no te apetece hablar ahora me parece bien, pero quiero que lo hagas—dijo arqueando las cejas mientras ponía rumbo a su casa.

—Vale—contestó la profesora.

—¿Vale qué?

—Que te lo cuento, total tenemos dos horas de camino, creo que me dará tiempo...

Las dos empezaron a reírse otra vez.

—Bueno va, ya. Dime que te pasa, ¿Es por mí? ¿Es por algo que yo haya

hecho?

—No, no es por ti, bueno sí pero no es nada malo no te preocupes.

—¿A qué te refieres?

—Lexa no empieces como siempre eh—la regañó señalándola con el dedo índice.

—¿Cómo siempre a qué?—dijo preocupada.

—A interrumpirme cuando...

—Yo no te interrumpo nunca.

—Acabas de hacerlo—la acusó.

—Vale perdona, ya me callo.

—En serio cariño, lo que te voy a decir es largo y no quiero que me interrumpas ¿vale?

—Vale, pero habla ya, que me tienes en ascuas...

—Muy bien. Tú tenías razón, estaba ansiosa...

—¿Y ahora ya no lo estás?

—¡Lexa!—la reprendió.

—Perdona, perdona, sigue.

—Pues eso, que tengo ansiedad, pero no ha sido hasta esta mañana cuando me he dado cuenta del problema. Pero no te preocupes porque ya sé porque y también sé lo que tengo que hacer para arreglarlo.

Lexa la miró, estuvo a punto de abrir a boca para preguntarle porque, pero se mordió la lengua.

—Estoy harta Lexa, harta y cansada, sobre todo cansada. Tengo las mañanas y parte de las tardes ocupadas con la universidad y la otra mitad de las tardes y

algunos fines de semana con el puto libro. Y luego estás tú mi vida—dijo cogiendo su mano del cambio de marchas y besándola—de esas tres cosas eres a la que menos tiempo le he dedicado y ahí ha estado mi error, he dado prioridad al trabajo cuando lo único que a mí me apetece es estar contigo.

En ese momento Lexa puso el intermitente y se paró en otra área de servicio.

—¿Qué haces?

—Parar, necesito estar concentrada y con lo que me estás diciendo no puedo Mine, al final nos pegaremos un tortazo, venga sigue—dijo girándose hacia ella para quedar de frente.

Minerva suspiró y siguió hablando.

—Te echo de menos a todas horas y en todas partes Lexa, incluso cuando estoy contigo ya me estreso porque sé que no va a durar mucho y luego voy a tardar demasiado en verte. En cuanto a tú pregunta sobre si ahora ya no estoy ansiosa, la respuesta es no. No lo estoy gracias a ti—dijo acariciándole la mejilla—me has dejado relajarme y me has permitido pensar antes de dormirme, y en ese rato he tenido una revelación, sé lo que necesito y lo que tengo que hacer.

—¿Y qué es?—preguntó asustada.

—Voy a dejar las clases por un tiempo Lexa.

—Mine si es por lo nuestro es más fácil que yo cambie de uni...

—Que no es eso cariño, no lo voy a hacer porque me da miedo que nos pillen o lo que sea, voy a hacerlo porque lo necesito, estoy muy agotada y a ti no tengo ningún interés en dejarte—dijo sonriendo—las exigencias del libro tampoco durarán para siempre, en pocos meses acabaré con las presentaciones así que lo más fácil es dejar las clases. Me pediré una excedencia, tampoco será algo definitivo, lo necesito cariño. Necesito empezar a concentrarme en lo que de verdad me importa, y eso eres tú.

La besó y se abrazaron con fuerza.

—Míralo de esta manera, me pido una excedencia dos años, para entonces el libro ya será historia y tú habrás terminado la carrera, volveré a dar clases y

seguiremos teniendo más tiempo para nosotras. Es lo que necesito Lexa y quiero que me apoyes.

—Si yo te apoyo en lo que hagas, pero ten en cuenta que llegará un momento en el que no tendrás ni clases ni libro Mine, y tú eres una mujer activa, te acabarás agobiando.

—Si eso pasa siempre puedo volver a las clases antes de tiempo, si no en esa universidad en otra, o escribir otro libro—se rio—además te tendré a ti, y contigo no me aburro.

—Yo no voy a decirte lo que tienes que hacer Mine, solo quiero que estés segura de que eso es realmente lo que quieres y que lo hagas por ti y por nadie más. Piénsatelo ¿vale? Tienes tiempo.

—Vale, lo meditaré un poco, pero no creo que cambie de idea.

Se pusieron en marcha de nuevo y llegaron pasadas la cuatro de la tarde, comieron, se ducharon y Minerva se pasó parte de la tarde durmiendo mientras Lexa trabajaba con su portátil. De vez en cuando la observaba mientras dormía para corroborar que no tenía palpitations y estaba relajada. A partir de ese día Minerva empezó a ser la de siempre, se encontraba bien, comía bien y estaba alegre. Ninguna de las dos volvió a mencionar aquella conversación que tuvieron en el coche, Lexa no quería meterse, en su opinión era una decisión que solo Minerva debía tomar y así pasaron las tres semanas que faltaban para acabar las clases.

Polvazo

—Pareces más contenta que de costumbre, no tendrá nada que ver con que mañana sea el último día de clase ¿no?—dijo Minerva con ironía mientras se ponía el pijama.

—Buff, no sabes las ganas que tengo de cruzar la puerta de la uni mañana para no volver hasta otoño. ¿Tú no?

—Más que tú—dijo besándola mientras Lexa se recogía el pelo después de la ducha.

Minerva dobló la almohada y la colocó en la cabecera de la cama, se sentó y apoyó la espalda en ella.

—Lexa—la llamó.

—¿Qué?

—Ven aquí—dijo señalando sus piernas como si quisiera que su chica se sentara encima.

Lexa la miró extrañada, si Minerva quería sexo no lo pedía, lo buscaba, así que era otra cosa.

—No me mires así que no te voy a comer, ven anda, que quiero que hablemos de una cosa.

A Lexa se le iba a salir el corazón por la boca al oír aquello, por su experiencia en las películas muchas de las conversaciones que empezaba así no acababan bien.

—¿De qué?—preguntó preocupada a los pies de la cama.

—Ven aquí por favor—suplicó.

Lexa fue hasta la cabecera de la cama y Minerva la invitó a sentarse sobre ella a horcajadas, le colocó sus rebeldes mechones detrás de las orejas y suspiró.

—Mine me estás poniendo de los nervios, suéltalo ya.

La profesora se empezó a reír.

—Vale vale—carraspeó y se aclaró la garganta mientras Lexa se desesperaba.

—¡Joder Mine!

—Vale, allá va. Quiero que te vengas a vivir conmigo—dijo agarrándola por la cintura.

Su chica dejó de respirar durante unos segundos, se esperaba cualquier cosa menos eso, el pulso se le aceleró tanto que no le salían las palabras.

Minerva la besó para que se relajara un poco, aunque no fue una buena táctica porque sus besos ejercían justo el efecto contrario en Lexa, la excitaban.

—¿Segura?—balbuceó como pudo.

—Si tú quieres sí, llevo días dándole vueltas y me parece lo más lógico.

Lexa todavía flotaba y no ubicaba bien sus palabras, así que Minerva se vio obligada a entrar en detalles.

—Me refiero a que últimamente duermes siempre aquí, solo vas a tu apartamento a coger ropa y a ventilarlo, me parece absurdo que lo pagues para dos noches al mes que te quedas allí.

—¿De verdad quieres?

—A mí me encantaría cariño, ¿Qué me dices?

Lexa no contestó, simplemente la besó con ansia, como si hiciera días que no hacían el amor cuando en realidad hacía horas. Minerva sintió como le ardía todo el cuerpo, tenían hambre la una de la otra y estaban dispuestas a saciar su apetito. Lexa se quitó la camiseta y se quedó en bragas y después hizo lo mismo

con el pijama de su profesora que colaboró y acabaron desnudas. Lexa empujó a Minerva dejándola tendida a lo ancho de la cama y empezó a besar sus labios con más hambre, acariciaba sus pechos y sus pezones aprovechando el tiempo porque sabía que en breve su chica querría tomar el control de la situación, pero había decidido que esta vez no se lo permitiría, al menos no desde un principio.

Empezó a besar su cuello y a rozarlo con la lengua provocando que Minerva respirara cada vez más rápido, intentaba tocarla pero Lexa le apartaba las manos y parecía que a la profesora ese juego le gustaba. Lexa lamió sus pechos con dulzura mientras acariciaba el interior de sus muslos con cierta presión. Minerva temblaba y jadeaba, movía la cintura como si le suplicara a su chica que la tocara, necesitaba que acariciara su sexo con urgencia pero Lexa había decidido torturarla con la espera, la miraba entre beso y beso en su vientre y sonreía victoriosa.

--¿Sabes que me vengaré no?—jadeó Minerva como pudo.

Lexa se hizo a un lado, formando una T con Minerva, de forma que Lexa era el palo vertical y la profesora el horizontal, su cabeza estaba justo a la altura de su sexo así que hizo que Minerva doblara y abriera las piernas como si estuviera en la consulta del ginecólogo, coló su cabeza por debajo de una de sus rodillas hasta tener su sexo palpitante en la cara, empezó a acariciarlo tan superficialmente que Minerva sentía un ligero roce, suficiente para arrancarle un generoso gemido que hizo sonreír a su chica. Utilizó dos dedos para separar sus labios y dejar totalmente expuesto su clítoris y entonces lo lamió una sola vez con la lengua plana. Minerva se retorció de placer, su abdomen temblaba como no lo había visto nunca, su sexo se contraía a través de pequeños espasmos musculares mientras su chica disfrutaba haciendo que se volviera loca de deseo. Volvió a lamer, esta vez se perdió por todo su sexo, lamiendo y besando cada rincón mientras Minerva gemía sin parar, tenía los nudillos blancos de retorcer las sábanas entre sus manos y Lexa seguía arrancándole gritos de placer.

Lexa se separó y Minerva empujó con la cadera para seguirla, necesitaba más, quería más y su chica seguía torturándola lamiendo su clítoris otra vez.

--¡Mierda Lexa, fóllame ya joder!—suplicó entre gemidos.

Lexa sonrió satisfecha y decidió acabar con su sufrimiento, dirigió sus labios hacia sus pezones duros y excitados y con dos dedos empezó a masajear con

fuerza el clítoris de Minerva que empezó a mover la pelvis a un ritmo cada vez más rápido hasta que sus gemidos se convirtieron en gritos y todo su cuerpo empezó a temblar, cerró sus piernas y se puso de lado atrapando la mano de Lexa en su interior, Lexa estaba maravillada con el orgasmo de su chica, nunca la había visto disfrutar tanto como esa vez, o al menos ella no lo recordaba, notaba como su sexo le palpitaba en la mano mientras Minerva la mantenía atrapada ejerciendo presión para seguir estimulándose hasta que llegó al clímax, entonces aflojo las piernas y Lexa recuperó su mano, se apoyó sobre los codos al lado de Minerva para observar como sus labios temblaban a la vez que soplaban, se había puesto un brazo en la frente y la mano encima de su sexo, como si quisiera comprobar que todavía seguía ahí. Le temblaba todo el cuerpo, Lexa estaba tremendamente mojada pero no quería dedicarse a eso, en ese momento quería contemplar lo que había provocado.

Poco a poco Minerva empezó a recuperar la respiración, aunque no dejaba de temblar, quitó el brazo de su frente y miró a Lexa a los ojos, no articulaba palabra pero no hacía falta, su mirada hablaba por ella, era una mirada de agradecimiento y ternura. Lexa no podía dejar de sonreír mientras la miraba allí expuesta, a su merced, ahora entendía porque a Minerva le gustaba tanto tener el control cuando se acostaban. Era sumamente gratificante ver como la persona a la que quería se retorció de placer gracias a sus caricias.

—¿Estás bien?—preguntó Lexa con picardía.

—¿A ti te parece que estoy mal?—contestó empequeñeciendo los ojos— Puede que me arrepienta de decirte esto, pero es el mejor polvo que me han echado en mi vida joder—dijo sonriendo con algo de dificultad para respirar todavía.

—Ha tenido que serlo porque además del orgasmo te he arrancado unos cuantos tacos...

Las dos empezaron a reírse.

—Dame un poco de tiempo ¿vale? Necesito recuperar energía, pero después...

—No te preocupes, he disfrutado mucho con lo que he visto Mine, no necesito nada, estoy bien, descansa anda.

—Lo tienes claro guapa.

—¿Tengo claro el que?

—Si te piensas que vas a hacerme el amor como nunca sin que haya represalias estás equivocada Lexa, te voy a enseñar lo que pasa cuando me provocas.

A Lexa se le humedeció la entrepierna otra vez.

—Lo siento Mine pero dudo bastante que puedas hacerme sufrir, estoy tan caliente que en cuanto me pongas una mano encima no creo que dure mucho.

—Tienes razón—dijo girándose sin previo aviso e introduciendo sus dedos en el sexo de su chica—ahora simplemente haré que te corras—le susurró al oído en un tono amenazante—pero mañana te haré un par de cositas que harán que se te olvide hasta tú nombre.

Lexa gimió ante esa afirmación y Minerva empezó a hacer círculos rápidos en su clítoris y tal y como las dos sabían, Lexa no tardó en llegar al orgasmo.

Palote

Esa mañana por primera vez se fueron juntas en un coche, Minerva no se tenía que quedar más allá de las clases así que saldrían a la misma hora. Durante las dos primeras clases Lexa y Leire estuvieron hablando todo el rato de las ganas que tenían de acabar y de lo que tenían pensado hacer ese verano con sus respectivas chicas. La tercera hora era con Minerva, estaba espectacularmente guapa aquella mañana, radiaba felicidad por cada poro de su piel y Lexa no podía dejar de mirarla, se intercambiaron miradas de complicidad en más de una ocasión, algo que hizo sospechar a Lexa que su chica había hecho lo que le dijo aquel día en el coche.

—¿Te traigo una palancana para que babeas tranquila?—le soltó Leire rozándole la barbilla como si quisiera limpiarle la baba.

Lexa no pudo evitar sonreír.

—La verdad es que hoy la profe está increíble tía ¿Qué le has hecho?— bromeó.

—Nada—contestó sin dejar de sonreír—creo que ella ha hecho lo que tenía que hacer...

—¿A qué te refieres?—preguntó Leire.

—Paciencia, creo que lo sabrás en breve...

—Chicaas...—las reprendió Minerva.

Lexa volvió a sonreír mientras Leire le dedicaba una mirada de ojos amenazantes, pero no insistió más, sabía que no podría sacarle ninguna palabra de regalo a su amiga si ella no quería. Cuando faltaban diez minutos para finalizar la clase Minerva hizo un alto y les pidió a todos que la escucharan un

momento. Lexa no pudo evitar suspirar profundamente al ver como su chica volvía a adoptar aquella posición tan sexy del primer día que la conoció, se había colocado en medio del aula, con las manos en los bolsillos, los hombros hacia atrás sacando pecho y la cabeza ligeramente levantada. Esperó unos segundos hasta que cesaron los últimos murmullos y cuando la clase estuvo en absoluto silencio, se aclaró la garganta y empezó a hablar.

—Bueno, como ya sabéis hoy es el último día de clase—los alumnos empezaron a silbar y a aplaudir mientras Minerva sonreía sin parar, cuando pararon siguió hablando—está claro que no me vais a echar de menos—bromeó mientras sus alumnos se reían.

Durante esos segundos se giró y miró directamente a Lexa, le guiñó un ojo a modo de complicidad y Lexa le devolvió el gesto indicándole que tenía su apoyo.

—Bueno chicos, quería deciros que ha sido un placer ser vuestra profesora y tutora durante este curso, en general puedo decir que estoy encantada con el rendimiento de la clase, *aunque algunos me hayáis hecho enfadar de vez en cuando*—todos rieron otra vez.

Minerva suspiró y se puso seria antes de continuar.

—También quería comentaros que el año que viene no seré vuestra profesora...

La clase estalló en murmullos y quejas en desacuerdo. Leire le pegó un codazo a Lexa.

—Tía, ¿eso es verdad? No me jodas.

Lexa le sonrió y no contestó.

—Por motivos personales he pedido una excedencia—continuó con los ojos empañados en lágrimas—así que no estaré aquí cuando acabéis la carrera, pero os prometo que vendré a la graduación—suspiró hondo—y...nada más, os deseo mucha suerte y espero que sigáis hincando los codos como habéis hecho este año. ¡Gracias a todos!

Toda la clase empezó a aplaudir en señal de agradecimiento y Minerva no

pudo evitar llorar, ya era la hora de cambiar de clase y todos se acercaron a ella para despedirse con abrazos y besos. Lexa esperó para acercarse en último lugar y abrazar con fuerza a su chica.

—¿Estás bien?—le preguntó.

—Sí—respondió Minerva mientras se sorbía los mocos—te esperaré fuera ¿vale? Aprovecharé tu última clase para despedirme de algunos profesores y recoger mis cosas...

—Vale.

Se besaron con ímpetu en la mejilla y salieron del aula para tomar direcciones opuestas en el pasillo.

—No me lo puedo creer Lexa, ¿Por qué se va? ¿Vosotras estáis bien no?—preguntó Leire en la última clase.

—Sí, estamos bien, de hecho creo que estamos mejor que nunca. Solo necesita aire Leire, ha estado muy estresada este año y un poco de descanso le vendrá bien.

Lexa, Leire y su chica cruzaron juntas la puerta de salida.

—Vaya, creo que alguien está desenado verte—dijo Leire dándole otro codazo a Lexa.

Minerva estaba justo en frente, apoyada en el coche de Lexa y mirándola con una tremenda sonrisa.

—Ve allí para que todos sepan quien tiene tan contenta a la profe—la empujó Leire mientras las tres se reían.

Lexa se acercó poco a poco a Minerva, tenían las miradas clavadas la una en la otra, sus corazones latían como si fuera la primera vez que se veían y ardían

en deseos de abrazarse y besarse. Cuando Lexa estaba a punto de llegar hasta ella, Minerva se incorporó y caminó para acortar la distancia, no dijeron nada, no había palabras para lo que sentían en ese momento, por primera vez no iban a tener que ocultar lo que sentían.

Minerva se abalanzó, colocó sus manos en el cuello de Lexa y la besó efusivamente, se quedaron enganchadas unos segundos, Lexa dejó caer su mochila en el suelo y cogió a su chica por la cintura, se separaron para coger aire y volvieron a besarse cariñosamente mientras escuchaban silbidos y aplausos de los alumnos que presenciaban la escena, sonreían divertidas entre besos hasta que Lexa agarró la cara de Minerva entre sus manos y la miró a los ojos.

—Te quiero Mine—susurró con la voz temblorosa.

—Y yo a ti mi vida—contestó la que ahora simplemente era su chica.

Volvieron a besarse con devoción, utilizando sus lenguas para saciar su hambre y provocando que el barullo aumentara.

—Creo que deberíamos parar—dijo Minerva riendo.

—Sí, seguro que más de uno ya se está poniendo palote—contestó Lexa entre risas.

—Que bruta eres cariño—la regañó Minerva—vamos anda.

Se subieron al coche, Lexa metió primera, entrelazaron sus manos y pusieron rumbo a su nueva vida juntas.

FIN

Tres curiosidades sobre este libro:

Primera: tanto la historia como los personajes se me ocurrieron mientras estaba escribiendo Descubierta, la segunda parte de mi primera novela: Encubierta. Estaba un poco encallada decidiendo como enfocar la parte central del libro, así que decidí hacer un paréntesis y escribir este libro, y fue mientras escribía este cuando se me ocurrió un enfoque para el otro, es una cosa rara lo sé, pero ha sido así. Por otro lado me gustaría pedir disculpas a todos aquellos (creo que más aquellas que aquellos) que habéis leído Encubierta y estáis esperando la segunda parte (como ya me habéis dicho algunas a través de la página de Facebook ☺) me vuelvo a poner a ello al 100%.

Segunda: podría decir que casi el 70% del libro lo escribí a mano en una libreta, sí a mano, has leído bien, acababa de aterrizar en Edimburgo para pasar unos días, me llevé la libreta para ir apuntando ideas y cosillas y el mismo día que llegué por la tarde empezó a diluviar, me senté en un sillón del hostel en el que me encontraba alojada y la mano me iba sola, empecé a escribir sin parar, acabé con un dolor tremendo de brazo. Durante los tres siguientes días aproveché los atardeceres para seguir escribiendo, así que cuando volví a Barcelona tuve que transcribir 17.542 palabras en el portátil.

Tercera: cuando terminé de transcribir todas las hojas me encontré con una libreta que contenía gran parte de mi libro, era una sensación extraña y no quería guardarla por dos motivos, uno: las libretas viejas siempre acaban en manos de alguien que no eres tú, y dos: la letra era horrible, la hice muy pequeña y apretujada porque la libreta era de tamaño mediano, me costó la vida entender algunas de las cosas que yo había escrito. En fin, mi primera idea fue quemarla en la terraza de mi casa, pero descarté la idea por el alto riesgo de incendio que hay en mi pueblo, así que finalmente opté por romperla en mil pedazos (estuve como una hora), después los metí en una bolsa de la caca de mi perra y los tiré al contenedor de la basura.

Contacto

Si quieres ponerte en contacto conmigo puedes hacerlo a través de la página de fans de Facebook de Encubierta.

<https://www.facebook.com/encubierta.mb/>

Me encanta que me hagáis preguntas y respondo siempre :)

Petición

Si te ha gustado este libro puedes dejar una reseña en Amazon o en Goodreads, así me ayudas a seguir escribiendo y ayudas a otros lectores a encontrarlo.

¡¡Mil gracias por haber dedicado parte de tu tiempo a leer mi libro!!

Sobre la autora

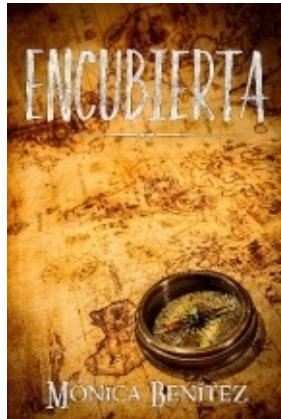
Bueno, mi nombre ya lo sabes, en cuanto a mi edad digamos que nací a principios de los ochenta en Barcelona. ¿Soy escritora? La respuesta es no, no había escrito más de cinco páginas en mi vida, así que disculpa si ves cosas raras, lo he hecho lo mejor que he podido.

La razón por la que escribí mi primer libro Encubierta, fue por un sueño que tuve, esa pequeña historia la contaré al final de Descubierta, ya que si no estaría revelando detalles del primer libro. El motivo de que haya una segunda parte para ese libro y le haya dado una oportunidad a este es muy simple: vosotros (más bien vosotras ☺), he recibido varios mensajes felicitándome por la historia y por el hecho de que las protas sean dos chicas, así que me he animado a continuar.

En cuanto al porque escribo sobre género lésbico puedes imaginártelo, no sabría escribir de otra forma.

Otros libros de la autora

Encubierta: libro 1

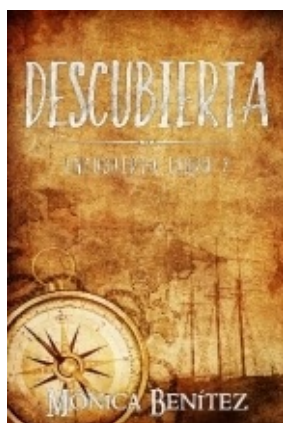


Marlo es una inteligente y brillante abogada, que aburrida de trabajar para otros bufetes decide montar su propia empresa. Desde ese momento se dedica a proteger los intereses de sus adinerados clientes siempre y cuando estos no incumplan ninguna ley.

Tras conseguir una intachable reputación gracias a su discreción y la eficiencia de sus investigaciones, un multimillonario empresario al que odia, consigue convencerla para que le ayude a buscar a su hija desaparecida mientras realizaba una travesía junto a sus amigas en el yate familiar.

Con la ayuda de su equipo y en especial de Megan, una de sus investigadoras de la que se ha enamorado perdidamente, emprenden una búsqueda en la que todas las pistas apuntan a que la chica podría encontrarse en una isla cuya existencia se basa solo en rumores y leyendas de pescadores. ¿Lograran encontrarla?

Descubierta: libro 2



PRÓXIMAMENTE